



¿IDEALIZA LA GENTE AL PUEBLO? CUESTIONANDO LA NOCIÓN DE PUEBLO EN LOS ESTUDIOS SOBRE DEMANDA POPULISTA. ANÁLISIS DEL CASO FRANCÉS

Do People Idealize the People? Questioning the Notion of People in Studies on Populist Demand. Analysis of the French Case

Arturo Rodríguez Sáez

Universidad Complutense de Madrid y Universidad Internacional de la Rioja (UNIR). España
arturorodriguezsaiez@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0003-0040-5297>

Fecha de recepción: 04/08/2021

Fecha de aceptación: 29/11/2021

Resumen: De acuerdo con la literatura, el populismo, entendido como un discurso binario que contraponen el pueblo a la elite, está presente en las sociedades en forma de actitudes políticas latentes. La estructura discursiva consta de dos polos. Uno negativo, la dimensión anti-oligárquica, y otro positivo, la idealización del pueblo. La ausencia de una de estas propiedades nos situaría fuera del discurso populista. La mayoría de los estudios disponibles, realizados mediante encuesta, muestran que el populismo está extendido en muchas sociedades, lo que significa que ambas condiciones discursivas se cumplen. El objetivo de esta investigación es probar si realmente esto es así. De forma específica, indagar si la gente tiene un discurso laudatorio hacia el pueblo, condición sacro-santa del populismo. Para ello se analiza el caso francés mediante una estrategia cualitativa basada en 9 grupos de discusión. Los resultados revelan que, lejos de existir una cierta fe en el pueblo, las personas recelan de las capacidades morales y epistémicas de los ciudadanos. Paradójicamente, se desea una mayor participación política, fundamentalmente vía referéndum, instrumento privilegiado de las ofertas populistas. Con ello están exigiendo cauces para que sus demandas sean atendidas, para que se cumpla, en definitiva, el ideal democrático de igualdad política. Los hallazgos de este estudio invitan a revisar de manera crítica presupuestos y conocimientos previos bien asentados respecto a cómo estudiar la demanda populista.

Palabras clave: populismo; demanda política; pueblo; participación.

Cómo referenciar este artículo / How to reference this article:

Rodríguez Sáez, A. (2022). ¿Idealiza la gente al pueblo? Cuestionando la noción de pueblo en los estudios sobre demanda populista. Análisis del caso francés. *El Futuro del Pasado*, 13, pp. 61-100.
<https://doi.org/10.14201/fdp.27132>

Abstract: According to the literature, populism, understood as a binary discourse that opposes the people to the elite, is present in societies in the form of latent political attitudes. The discursive structure consists of two poles. One negative, the anti-oligarchic dimension, and another positive, the idealization of the people. The absence of one of these properties would place us outside the populist discourse. Most of the available survey studies show that populism is widespread in many societies, which means that both discursive conditions are met. The aim of this research is to test whether this is really the case. Specifically, to inquire if the people have a laudatory discourse towards the people, the sacrosanct condition of populism. For this, the French case is analyzed using a qualitative strategy based on 9 focus groups. The results reveal that, far from having a certain faith in the people, people are suspicious of the moral and epistemic capacities of citizens. Paradoxically, greater political participation is desired, mainly via referendum, a privileged instrument of populist political offers. With this, they are demanding channels so that their demands are met, so that the democratic ideal of political equality is ultimately fulfilled. The findings of this study invite a critical review of well-established assumptions and prior knowledge regarding how to study populist demand.

Keywords: populism; demands-side; people; participation.

Sumario: 1. Introducción; 2. El concepto de pueblo; 3. El estudio de la condición pueblo en el nivel de la demanda; 4. Metodología; 5. Resultados; 5.1. ¿Cómo se ven los ciudadanos a sí mismos?; 5.1.1. Introducción; 5.1.2. Un pueblo de individualistas; 5.1.3. Los Otros (inmigrantes) como gorriones sociales; 5.2. ¿Creen los ciudadanos que están en condiciones de tomar decisiones políticas?; 5.2.1. Todo empieza y termina con las elecciones: las clases altas; 5.2.2. Democracia es el poder del pueblo: más referéndum; 5.2.2.1. La gente no es capaz: militantes de izquierdas y estudiantes; 5.2.2.2. Ambivalencias: precariado, jóvenes de clase trabajadora, militantes de derechas y estudiantes; 5.2.3. Conquistar el interés general deliberando; 6. Conclusiones; 7. Referencias bibliográficas; 8. Anexo I; 9. Anexo 2.

1. INTRODUCCIÓN¹

Si hay un tema político relevante en el primer cuarto de siglo XXI es el populismo. Su expansión en los países occidentales ha captado la atención del mundo académico. La aparición exponencial de nuevos estudios es un indicador del interés que despierta. En poco tiempo ha pasado de ser un fenómeno periférico en las ciencias sociales a ocupar un espacio destacado (Rodríguez Sáez, 2018, p. 2). En este lugar de privilegio recién adquirido compiten diferentes perspectivas teóricas no solo por imponer una definición, sino también por habilitar una agenda de investigación. Una de las perspectivas más influyentes, fundamentalmente en el contexto latinoamericano, considera que el populismo es, en esencia, un tipo de estrategia para acceder al poder político (Weyland, 2001, pp. 12-14; 2017, p. 55). Tesis que es, en el

¹ Los datos que esta investigación utiliza forman parte del proyecto «Stealth Democracy: entre la participación y la profesionalización» (Plan Nacional I+D CSO2012- 38942).

fondo, extensiva al resto de agentes políticos, incluyendo, desde luego, también a los partidos políticos sistémicos que buscan mantener sus cuotas de poder, aunque eso suponga aplicar técnicas de cartelización que a la postre socavan la confianza de la ciudadanía haciendo favorable el retorno de los populismos (Mair, 2005, p. 36).

Pero los enfoques más descollantes en la actualidad se basan en una comprensión simbólico-lingüística del fenómeno populista. La Teoría del Discurso, desarrollada principalmente por el filósofo político argentino Ernesto Laclau (2016), ha adquirido cierta resonancia no solo en el mundo académico, sino entre los nuevos empresarios políticos del populismo de izquierdas. Esta teoría, tan sofisticada como compleja, defiende la tesis de que el populismo, antes que estar dotado de una *sustancia* propia, se trata de una *forma* de construcción de lo político. Un discurso performativo, en el sentido de la filosofía del lenguaje postanalítico de Austin, que contrapone de manera radical el pueblo a un Otro-élite. Una forma de construir una identidad colectiva basándose en la confrontación binaria. Un marco que busca construir un relato de buenos —nosotros— y villanos —ellos—. Una política de la enemistad donde el antagonismo constituye la piedra de toque.

Esta definición de mínimos es compartida en muchos sentidos por la Teoría Ideacional (Panizza y Stavrakakis, 2021, p. 22), si bien se aleja de los presupuestos ontológicos postestructuralistas que informan a aquella. La perspectiva ideacional, dominante dentro de los estudios sobre populismo en el contexto europeo, se postula idealmente, en sentido weberiano, como una teoría positiva. Concibe el populismo como un conjunto mínimo de ideas (Hawkins y Rovira, 2018, p. 3). Bajo la categoría de ideacional se incluyen muchas veces definiciones que guardan no solo relación de semejanza, sino también diferencias que invitan a realizar distinguos analíticos. Pero es igualmente cierto que en la práctica los investigadores que adoptan un punto de vista ideacional tienden a coincidir en las propiedades mínimas de la definición (Mudde, 2017, p. 31). Dentro de la etiqueta cabe la noción, en la línea de Freedon (2003), de ideología débil o delgada (Mudde, 2004), en contraposición a las ideologías densas, grandes relatos, en el decir postmoderno, o cosmovisiones de la vida pública. Pero también otros términos, no insertados o enclavados en visiones sustancialistas (Aslanidis, 2016), como discurso (Rovira, 2009), retórica política (De la Torre, 2017) o marco de acción colectiva (Aslanidis, 2016).

La falta de acuerdo teórico es un rasgo persistente dentro de los estudios sobre populismo desde sus orígenes. Sin embargo, es posible detectar un nexo, por débil o quebradizo que se nos presente, entre teorías tan dispares. Un lazo de unión que, en ocasiones, puede pasar inadvertido. Nos referimos a la idea prioritaria de pueblo. Una idea insistente que está contenida ya en la misma palabra populismo. En el libro recopilatorio coordinado por Ionescu y Gellner (1969), referencia seminal ineludible aún hoy, ya queda ubicado inexorablemente la noción equívoca de pueblo en el frontispicio de la cuestión populista. El pueblo es el centro de gravedad del populismo. Es el elemento que proporciona especificidad al hecho populista.

Algunos autores consideran que el pueblo es la quintaesencia del fenómeno que aquí se analiza (Canovan, 1999, 2005; Taggart, 2000). No obstante, el pueblo es algo más que una referencia constante. Es un elemento ineludible que objetiva el fenómeno. Esto es, *sin pueblo no hace acto de presencia el espíritu populista*. Al mismo tiempo, si nos situamos en el plano de la oferta política, por expresarlo en clave schumpeteriana, advertimos que los líderes populistas parecen sentir verdadera atracción por esta palabra. En sus discursos ensalzan las virtudes morales del pueblo llano, de los de abajo, etc. También su capacidad de juicio político. El pueblo populista se configura eventual e idealmente como *sujeto político, ético y epistémico, que brilla frente a unas elites corruptas y corruptoras de las esencias que habitan espontáneamente entre la gente común*. La elite es la contraimagen perversa de un nosotros-pueblo libre de mácula. Se podría dudar de la honestidad de estas loas dirigidas al pueblo. De hecho, es un lugar común señalar que estos emprendedores políticos halagan de manera demagógica y sibilina al pueblo con el objetivo de alcanzar el poder. Es decir, que en realidad no les importaría el pueblo. Quizá sea cierto, pero comprobar cuáles son las intenciones ocultas, los resortes invisibles que inspiran la acción política, no parece posible en la mayoría de los casos.

La perspectiva ideacional, a la que hemos hecho referencia previamente, ha puesto por primera vez el foco de atención en la demanda del populismo, dimensión que durante las décadas previas había sido marginada dentro de los estudios sobre populismo (Akerman *et al.*, 2014). Según esta teoría, el populismo se caracterizaría por tres elementos, dimensiones interrelacionadas que constituirían el núcleo duro invariante del fenómeno: *i) la denuncia de una elite a la que se le responsabiliza de no responder a las demandas del pueblo y de secuestrar la democracia, ii) la representación idealizada del pueblo y iii) una concepción monista de la voluntad popular*.

Una de las novedades de este enfoque es que no ciñe el discurso populista a la esfera de la oferta política. Acierta al ampliar el recinto populista hasta la misma ciudadanía. El populismo ya no sería únicamente cosa de líderes con un discurso mesiánico secularizado con mayor o menor densidad carismática, sino un elemento presente, aunque de manera más bien latente, contradictoria y difusa, en la sociedad (Mudde y Rovira, 2017, pp. 62-78). La defensa de que existen discursos populistas en la sociedad abre paso a una hipótesis atractiva para pensar las condiciones de éxito (o fracaso) de las ofertas populistas: *la demanda populista por parte de sectores amplios de la sociedad civil crea el terreno fértil para que puedan penetrar y resonar los discursos de los líderes del populismo* (Rodríguez Sáez, 2021, pp. 916-918). Una demanda que se materializaría en forma de disposiciones o actitudes políticas (Hawkins y Rovira, 2018, pp. 6-7). Este es hoy un punto de vista aceptado por la mayoría de los investigadores.

Esto significa que en esos discursos tiene que estar presente esta especie de *fe en el pueblo*. En consecuencia, *los ciudadanos con actitudes populistas también*

tendrían que participar de esta visión positiva e idealizante del pueblo presente en las ofertas políticas populistas. Ahora bien, ¿es realmente así? ¿confía la gente en las capacidades epistémicas de los ciudadanos? ¿creen los ciudadanos que ellos están hechos de otra pasta moral superior a la de las elites? Estas son las preguntas que nos formulamos, polemizando con las premisas teóricas hoy asentadas en los estudios sobre demanda populista, en esta investigación.

Lo que se propone en esta investigación es una hipótesis que desafía una teoría aparentemente bien establecida y confirmada. Queremos abrir un nuevo curso de interpretación. Sugerimos, como idea fuerza probable, que *los ciudadanos podrían recelar de la bondad o la sabiduría del pueblo*. Su concepción del pueblo sería negativa antes que laudatoria. Quizá ni siquiera piensen (con sus propias palabras, es decir, con su mundo de sentido) su propia realidad, ni el conjunto complejo de posiciones individuales (o grupales) en la sociedad, a partir de un concepto abstracto y unitario de pueblo. El énfasis en lo común es algo que se presupone, pero no un *sense data*. El objetivo final de este estudio es poner a prueba esta hipótesis contrainductiva. Para ello nos basamos en el análisis cualitativo de nueve grupos de discusión realizados en Francia en 2013.

En primer lugar, procederemos a analizar el significado de la categoría pueblo, piedra angular que recorre de principio a fin este estudio. A continuación, se realizará un mapa del debate que está teniendo lugar en torno a la cuestión de la demanda populista. En tercer lugar, se explicará la metodología que se ha aplicado. Después, se presentarán los principales hallazgos. Finalmente, se desarrollarán unas conclusiones donde se sugerirán algunas de las razones que parecen estar detrás de los resultados.

2. EL CONCEPTO DE PUEBLO

El pueblo es una categoría central de la política moderna. Pero encierra en su seno una genealogía histórica azarosa y compleja. Las huellas de su recorrido parecen tomar distintas sendas. En esa historia sobresalen dos discursos por encima del resto, lo que no resta relevancia a aquellos que quedaron en la penumbra. Silencios que deben ser rescatados en algún otro momento. En cualquier caso, esos discursos que despuntan en la historia política de occidente no son tampoco homogéneos. Su interior está sembrado de diferencias. No obstante, pueden entenderse como las dos grandes representaciones a partir de las cuales dimanaban imágenes irreconciliables de las masas populares.

Por un lado, un discurso romántico, pre-revolucionario, de estilo de herderiano, en el cual se glorifica al pueblo, el *Volksgeist*, apoteosis de un sujeto político reconciliado sin escisiones. Una unidad en marcha que trasciende el orden de las diferencias y los particularismos. Optimismo antropológico, pero sobre todo

comunitario-popular, que se hace patente con Rousseau. Una constelación política que cobra carta de naturaleza con la Revolución Francesa, período donde se terminan sentando las bases de la exaltación popular (Rosanvallon, 2020, pp. 180-181). Por el otro, un enfoque conservador, antítesis del anterior, cuyas raíces se pueden rastrear incluso en la antigüedad clásica, con especial énfasis en el mundo romano (Giner, 1971, pp. 27-56), donde predomina un recelo profundo sobre el papel que deben desempeñar las masas en política (Domènech, 2019, pp. 33-57). Los teóricos de las masas, imbuidos de prejuicio aristocrático, se caracterizan por establecer un relato negativo sobre la acción popular de las mayorías en la historia, como señala Laclau (2016, pp. 49-60). Dos concepciones que, con saltos y discontinuidades históricas, llegan hasta nuestro presente.

En todo caso, el pueblo, aunque en ocasiones pueda llegar a palidecer, es un símbolo político movilizador que parece incombustible. Sobre todo, en democracia, ya que *el demos*, el pueblo en nuestra intelección política moderna, es un *elemento matricial*. Basamento incuestionable que, en las últimas décadas de predominio de la razón neoliberal, ha estado sometido a un proceso de desgaste (Wendy Brown, 2016, pp. 94, 115). Un vaciamiento de soberanía política derivada, en parte, de la acción de los mercados transnacionales. Pese a los indicios, la ocultación del pueblo ha sido efímera. Lejos de encontrarse en claro retroceso, se halla en el presente en primer plano de la vida política. El populismo es una de las expresiones de su regreso. Seguramente una de las más intensas, aunque no por ello fiel a un proceso de verdadera profundización democrática (Ganuza y Mendihart, 2020:2 4).

Los populistas conocen bien la capacidad de agregación colectiva que suscita este símbolo. Lo emplean como una potencia generadora de fuerzas políticas. Sin embargo, el pueblo es una noción altamente elusiva. Su indeterminación sugiere la falta de un referente empírico delimitable. Los teóricos más refinados del populismo, como Laclau, no incurrir en interpretaciones ingenuas en las cuales el pueblo es verdadera encarnación de una totalidad. Para Laclau (2016, pp. 125-130), el pueblo es un significativo vacío. Un término polisémico en el cual caben distintos significados. En esta palabra habitaría un flujo de representaciones en liza. Es así porque no nombra una realidad preexistente. El pueblo no es un dato social objetivo previo a la espera de ser reflejado. Se trataría de una construcción discursiva contingente. Una forma de crear una identidad colectiva comunitaria. Símbolo que permitiría unir, en lo que es una forma de agregación atípica, intereses y valores en ocasiones contrapuestos.

No obstante, el vacío es relativo, nunca absoluto. En el término difícilmente podrán hospedarse (con éxito) sentidos que vayan contra el *espíritu de época*. El *sentido común*, por expresarlo en términos gramscianos, establece, si bien de manera más bien invisible y silenciosa, lo que es aceptable socialmente, lo que puede y no puede ser nombrado, en un contexto histórico concreto. Condicionamientos culturales imprescindibles para comprender los límites de la significación.

La des-sustancialización del pueblo es una premisa ampliamente aceptada dentro de la literatura internacional sobre populismo, también por parte de la perspectiva ideacional, que se inspira, en este punto concreto, en los desarrollos laclauianos (Mudde y Rovira, 2017, p. 9). El populismo es una forma, entre otras, de construir una identidad popular. Configuración basada en la proyección intensa de un antagonismo binario. Un enemigo que permita articular un nosotros. El populismo conecta directamente con una visión schmittiana de lo político. Una política de la enemistad. La constitución de la unidad del pueblo se hace a costa de la escisión y el desgarramiento de la totalidad numérica que sin abstracciones conforma la verdadera idea de pueblo. Ese Otro, representado por lo general, aunque no exclusivamente, como la elite o la oligarquía, los agentes que conforman el polo vertical de poder, es demonizado. En cambio, el pueblo es objeto de elogio. Las diferentes posibilidades de apelar al pueblo en términos populistas guardan al menos un par de rasgos en común. En primer lugar, se basan en una oposición nítida entre pueblo y elite. En segundo lugar, de esa oposición se *deriva una visión negativa del poder y otra positiva del pueblo. La idealización del pueblo es la propiedad que deseamos retener y analizar en este estudio.*

El pueblo es, por tanto, ontológicamente subjetivo. La filósofa política británica M. Canovan (2004, p. 297) sostiene que «*el pueblo es tan dúctil o flexible como el populismo precise que sea*». Una premisa que nos permite engarzar con la propuesta desarrollada por los politólogos Mèny y Surel (2000, p. 181), que han identificado tres formas de apelar al pueblo por parte de los líderes populistas. Una clasificación trinitaria que, en términos lógicos, aunque también históricos, no agota la posibilidad de que se den otras formas de representación:

- i) El pueblo entendido como *legítimo soberano en democracia*. Este tipo de apelación es recurrente en contextos en los que la ciudadanía percibe que sus gobernantes no son receptivos a las demandas;
- ii) La representación del *pueblo en términos socioeconómicos*. Se trata de un modo de articulación, de inspiración marxiana, pero sin trasunto escatológico, que apela a las clases populares, a los sectores de la clase trabajadora, a la gente común o a los de abajo, frente a los de arriba;
- iii) La tercera, es la construcción del *pueblo como nación*. Se trata de una apelación en clave nacionalista o étnico-cultural propia de los populismos de derechas. En este caso, el pueblo es representado a partir de una visión orgánica de la comunidad popular. Una comunidad cuyas esencias estarían a resguardo de la mudanza que impone el paso del tiempo. Es lo que algunos especialistas han definido como *heartland* (Taggart, 2000, pp. 95-96).

Algunos autores sugieren, por el contrario, que cuando lo que prevalece es la idea de nación como vector de agregación de las masas estamos en presencia de nacionalismos, siendo el populismo en todo caso un elemento periférico (De Cleen

y Stavrakakis, 2017, pp. 107-113). El nacionalismo, como el populismo, también se basa en una lógica antagónica de construcción de la identidad. Divide la sociedad en dos mitades irreconciliables. Pero lo que se excluye no son necesariamente las elites. La denegación nacionalista, sobre toda cuando es xenófoba, cuando se da en términos étnico-culturales se dirige, con especial énfasis, contra los sectores más desfavorecidos de las clases dominadas (Ortí, 1996a, pp. 130-133). Generalmente, los migrantes de un determinado signo racial y/o religioso (Mudde, 2021). También quedan fuera de *la frontera nacionalista* aquellos que son considerados una amenaza interior. Es por esta razón que algunos expertos consideran que *lo definitorio del populismo es su dimensión anti-elitista*. El rechazo de los de arriba, del polo de poder. El ser, en definitiva, una *reacción social esencialmente anti-oligárquica* (Ortí, 1996 b; Alemán y Cano, 2016; Laclau, 2016; Stavrakakis *et al.*, 2017).

Esta es una clasificación que no impide pensar en formas mestizas de representación donde se conjugan estos y otros elementos. Por ejemplo, el populismo de izquierdas en el contexto de la gran crisis económica iniciada en 2007 ha intentado fraguar una identidad comunitaria y popular a partir de una doble dimensión anti-elitista y soberanista. Su apelación a los de abajo tiene que ver con un compromiso con los excluidos del sistema, a los que J. Rancière (2011, pp. 233-234) se refiere como la parte que no tiene parte en el juego político. Sin embargo, tiende a ser respetuoso e integrador con las minorías sexuales y raciales, como demuestran algunos estudios empíricos (Stavrakakis y Katsambekis, 2014, pp. 132-135). En esto se diferencia del nacional-populismo, inclinado a promocionar una visión del pueblo excluyente con la diferencia (Eatwell y Goodwin, 2018, pp. 131-175). Una política de inmigración agresiva hacia determinadas minorías. El populismo de derechas, del cual el Frente Nacional francés es uno de los máximos exponentes, opera a partir de una doble exclusión constitutiva: *frente a las elites y contra los extranjeros considerados como amenaza* (Vallespín y Bascuñan, 2017, p. 69).

Evidentemente, encontramos fórmulas no populistas en la representación del pueblo. Incluso de negación de toda entidad colectiva, considerada como una abstracción. El politólogo J. W. Müller (2017, p. 14) cree, coincidiendo con Habermas, que el pueblo nunca es sustancia, sino número. El pueblo entendido como la suma total de ciudadanos de un país. El *cuerpo-cívico*, en palabras del historiador P. Rosanvallon (2020, p. 31). En cambio, el pueblo del populismo es una parte que se presenta —en ocasiones consciente de esta operación (cf. (Mouffe y Errejón, 2015))— como si fuera la totalidad, el Universal concreto.

No obstante, este tipo de clasificaciones, de mapas conceptuales, tienen como punto de referencia los discursos de los líderes del populismo. La lectura que hace Laclau continúa con una visión vanguardista -leninista- del poder. Los estudios disponibles hasta el momento han analizado cómo los líderes apelan al pueblo en sus discursos. Por el contrario, se ha prestado menor atención a las representaciones de la gente común, a las imágenes que los ciudadanos tienen de ellos mismos. Se viene

confirmando desde hace tiempo que los líderes enfatizan en sus discursos las cualidades positivas del pueblo. Lo que no es tan evidente, por paradójico que resulte, es que los ciudadanos, incluso los simpatizantes del populismo, reproduzcan esta clase de representaciones idealizantes. No se debe soslayar que las personas tienen una visión del mundo previo a la recepción de los mensajes. Este marco mental condiciona la forma en que se interpretan los discursos políticos. Representaciones que, por tanto, anteceden al intento de construcción identitaria de los emprendedores populistas.

La literatura especializada no ha abordado lo suficiente esta cuestión. No ha explorado en profundidad cuáles son esas representaciones. El análisis que emprendemos en esta investigación permite indagar en esos discursos. Y hacerlo en un contexto nacional, pero sobre todo temporal, donde el populismo ya ha logrado una presencia destacada, pero no ha terminado de explotar, permitiéndonos observar cuáles eran las representaciones de la ciudadanía antes de que las ofertas populistas lograran penetrar cultural y políticamente.

En el año 2013, cuando se realizan los grupos de discusión, el populismo no había alcanzado todavía en Francia la envergadura política que muestra en la actualidad. No obstante, a diferencia de otros países del entorno europeo, el populismo no era un completo desconocido, sino más bien un huésped incómodo que se sentaba desde hacía tiempo en el parlamento. En los años setenta del pasado siglo, en parte como reacción frente a los efectos que produjo la revuelta cultural de mayo del 68, surge una formación de corte (proto)fascista y tradicionalista, el Frente Nacional. Desde entonces ha ido, paulatinamente, ensanchando su base electoral. Sin embargo, de aquella mirada política melancólica y nostálgica hacia el pasado queda poco en el presente. Capitaneado por Marine Le Pen, hija del fundador del partido, el Frente Nacional, desde 2018 Agrupación Nacional (*Rassemblement National* (RN)), ha mutado ideológica y estratégicamente hacia una opción nacional-populista que se ha revelado tremendamente competitiva en el terreno electoral. Un giro cuyo objetivo fundamental ha sido sacudirse de la mala prensa que le acompañaba en el pasado (Rivero, 2017, p. 221).

El 6 de mayo de 2012, un año antes de realizarse los grupos, se celebró la segunda vuelta de las elecciones a la presidencia de la República. De aquellas elecciones salió vencedor el *Partido Socialista Francés* (Parti Socialiste, PS) con un 51,63 % de los votos. La segunda opción más votada fue la hoy extinta coalición de derechas *UMP*² con un 49,36 %. En aquellos comicios Marie Le Pen obtuvo la tercera posición en la primera vuelta, logrando un 17,90% de los votos. El candidato de izquierdas

² UMP, *Union pour un mouvement Populaire*, era una coalición de derechas fundada en el año 2002 para dar cobertura a la candidatura de J. Chirac. Ideológicamente diversa, en su seno convivían gaullistas (Agrupación por la República; RPA), liberales (Democracia Liberal; DL) y personas de centro derecha (Unión para la Democracia Francesa; UDF).

J.L. Mélenchon, por entonces líder del Frente de Izquierdas (FDG) y hoy líder de la formación populista de izquierdas *Francia Insumisa (La France insoumise (LFI))*, alcanzó un 11,10 % de votos en la primera vuelta. En la actualidad los partidos vencedores en aquellas elecciones han desaparecido (UMP) o están en aparente proceso de descomposición orgánica (PSF). El sistema de partidos francés se ha transformado radicalmente. Hasta el punto de que el segundo partido preferido por los franceses es hoy Agrupación Nacional³. En Francia parece cobrar sentido la afirmación, de inspiración hegeliana, de que asistimos al avance de un *Espíritu Populista*.

Se podrá objetar que el mundo político, así como la política francesa, ha cambiado rápidamente desde que se realizaron los grupos. Vivimos tiempos acelerados. Por ejemplo, en Estado Unidos se ha asistido a la victoria y derrota electoral de Donald Trump, campeón de la ultraderecha neoliberal. Entonces, ¿qué sentido tienen estos grupos? Ya se ha justificado la importancia que tiene en sí mismo el contexto de análisis: momento donde parecen desatarse las energías de los populismos en Francia. Pero, siguiendo con el ejemplo norteamericano, queremos sugerir la posibilidad de que los datos trasciendan el contexto temporal donde se llevaron a cabo. La salida de D. Trump no implica el final del trumpismo sociológico, un conjunto de actitudes políticas regresivas y populistas que trasciende la figura del expresidente. La retirada de la oferta no significa la desaparición de la demanda.

El descontento responde en Estados Unidos, como en el resto de los países occidentales, a factores estructurales de largo recorrido, como la dualización del mercado de trabajo, los procesos de desindustrialización, la cartelización de los partidos políticos o el retroceso del Estado de Bienestar, entre otros. Problemas que, lejos de resolverse, siguen generando las condiciones de posibilidad para que sigan surgiendo discursos populistas en la sociedad.

Si los cambios en las ofertas son fáciles de reconocer, no sabemos, en cambio, qué sucede en el nivel de la demanda. No abundan los estudios diacrónicos dentro de la literatura especializada. No sabemos cómo evolucionan las actitudes populistas. Mucho menos las razones. Este artículo no aspira a colmar esa laguna. Sin embargo, ofrece datos que podrían permitir realizar esa operación, bien de manera indirecta, cotejándolos con datos producidos por otras investigaciones en la actualidad, bien directamente, replicando la misma investigación. En cualquier caso, esta investigación propone una hipótesis novedosa, así como una ruta metodológica alternativa, que trasciende el contexto temporal de análisis. Propone, modestamente, una vía de indagación a futuro.

³ Mientras se escriben estas líneas, Éric Zemmour, un conocido polemista de los medios franceses, cuyo discurso de ultraderecha (tradicionalista, nacionalista, soberanista y antimigración) rivaliza en intensidad con el de Marine Le Pen, podría presentarse a las próximas elecciones francesas adelantando por la derecha, como sugieren algunos sondeos, a Agrupación Nacional.

En ese contexto, previo a la transformación de la política francesa, nos interesa conocer qué pensaba el pueblo francés de sí mismo, qué opinaban los ciudadanos de sí mismos antes de la extensión del populismo, de la glorificación del pueblo que suele acompañarle en sus discursos políticos.

3. EL ESTUDIO DE LA CONDICIÓN PUEBLO EN EL NIVEL DE LA DEMANDA

Los estudios dedicados a analizar la existencia de discursos populistas entre la población han proliferado durante la última década. Ya no se trata de una esfera de análisis olvidada, como solía sugerirse. De hecho, ha comenzado a surgir un debate metodológico —de segundo orden o crítico (Ibáñez, 1994)— en el cual se analizan las posibilidades y límites que presentan algunas de las principales escalas que se emplean para identificar y medir actitudes populistas (Castanho *et al.*, 2019; Wuttuke *et al.*, 2020).

Las investigaciones dedicadas al análisis de la demanda populista comparten tres rasgos. En primer lugar, conciben esta clase de actitudes como disposiciones políticas latentes (Hawkins y Rovira, 2018, pp. 6-7). Esto significa que no se trata de discursos políticamente estructurados, como sucede en el nivel de la oferta política. Carecen de articulación. Tienen un carácter amorfo y fluido. Son disposiciones que por sí mismas no generan un horizonte de acción. Tampoco un nosotros. Conforman un depósito simbólico de descontento social susceptible de ser activado políticamente en un sentido populista. Es el sustrato social que posibilita que pueda prosperar políticamente el populismo. Una de sus condiciones de posibilidad (Rodríguez Sáez, 2020, 2021).

En segundo lugar, el populismo en el nivel de la demanda ha sido analizado, casi con exclusividad, mediante el uso de encuestas. La escala-Likert impulsada por Hawkins *et al.*, (2012) fue pionera en este sentido. Sentó las bases para un análisis cuantitativo preciso del populismo a nivel social. Sobre la base de este estudio Akkerman *et al.* (2014) desarrollaron una batería de ítems que se ha convertido con el paso del tiempo en la más influyente de todas. Referencia ineludible para las investigaciones que en el presente se ponen en marcha. También para aquellas propuestas que se presentan en clave crítica.

Otras metodologías, como las de tipo cualitativo, usadas con frecuencia en el análisis de los discursos de las ofertas políticas, son orilladas. Planteamos a continuación algunas posibles limitaciones que invitan a pensar en lo cualitativo como estrategia complementaria de análisis. Los cuestionarios formalizados que se han diseñado establecen una estructura pregunta-respuesta cerrada. Son preguntas precodificadas, cerradas de antemano. Un test en clave binaria en el cual solo cabe responder sí o no. El sujeto entrevistado tiene que elegir si se identifica con el enunciado que se le propone (Ortí, 1986, p. 158). No puede reformular el enunciado con

libertad. Tampoco cabe que adopte una *posición fronteriza*. Una *actitud ambivalente o mestiza que rompe con el casillero clasificatorio*. Un espacio de grises marcado probablemente por la contradicción. La pregunta rígida de la encuesta bien podría coagular la espesura de la realidad que se pretende comprender. Encerrar al sujeto en un discurso que no es el suyo.

Solo existen algunos estudios donde se posibilita al sujeto adherirse a enunciados negativos (por ejemplo: Stanley, 2011; Castanho *et al.*, 2018). Pero ni siquiera se plantean la posibilidad de preguntas-respuestas abiertas al discurso del sujeto. Una pequeña ventana, por otro lado, de escasa apertura cualitativa, para que los sujetos puedan expresar, con su propio lenguaje, polisémico y socialmente condicionado, opiniones no anticipadas en el diseño de investigación (Ortí, 1986, p. 161). Algo que consideramos sería importante con un término tan ambiguo como el de pueblo. Lo que predomina en este tipo de técnicas es la imposición del lenguaje (Ibáñez, 1986, p. 44). Y con ello la forma de enmarcar la realidad social. Cuando se les pregunta a los entrevistados el significado pueblo se da por supuesto, como si fuera un implícito transparente. Pero, en realidad, su carga de connotación es muy elevada. Un enfoque cualitativo permitiría indagar en los lenguajes de los ciudadanos, en su forma de representar su mundo social. Explorar cómo representan el pueblo, cuáles son las imágenes contenidas en sus conciencias, los significados que ponen en circulación.

Finalmente, los estudios disponibles emplean la definición ideacional de populismo. Se trata de una definición de mínimos empíricamente contrastable. Los componentes de la definición constituirían la estructura subyacente en cualquier expresión populista. Brinda, en consecuencia, una *estructura de inclusión/exclusión*. En los discursos tienen que estar presentes esos rasgos. Son las condiciones que deben cumplir para ser englobados bajo la categoría de populismo. *Constituyen la frontera populista, el mecanismo para demarcar entre populismo y no populismo*.

La dimensión anti-oligárquica constituye el polo negativo del discurso populista. Bajo el nombre de elite se engloba un conjunto generalmente heteróclito. Es también un significativo vacío. Conforman el exterior negativo del populismo. Una referencia negativa necesaria para poder consumir la operación de construcción del nosotros-pueblo. Es su sombra constitutiva. El trazado de una frontera política excluyente es un paso esencial en el populismo. En el otro lado está el polo positivo de esta estructura discursiva, el pueblo. *Lógica dicotómica que escinde la sociedad marcando cada parte con un signo positivo y negativo*

Elite	Pueblo
-	+

No obstante, existen estudios que rebajan estas exigencias metodológicas. El populismo en el nivel de la demanda también se ha estudiado de manera unidimensional (por ejemplo: Akkerman *et al.*, 2014; Elchardus y Spruyt, 2016). Lo que significa que se analizan todos los ítems en una misma escala sin diferenciar entre condiciones (Schultz *et al.*, 2018; Castanho *et al.*, 2018), sin parcelar la perspectiva. Este análisis de conjunto hace que las puntuaciones altas en unos sitios puedan generar un efecto compensatorio. De modo que una intensidad muy alta en la dimensión anti-oligárquica podría finalmente ser suficiente para hablar de populismo. Esto ha atraído la crítica de aquellos enfoques que privilegian una aproximación multidimensional más exigente en términos de los criterios que se deben cumplir (por ejemplo: Stanley, 2011; Schultz *et al.*, 2018; Castanho *et al.*, 2018).

Sin embargo, sorprende que muchos estudios no hayan incluido entre sus preguntas criterios con los cuales analizar la condición idealizada del pueblo (Schultz *et al.*, 2018). En la medida que queda flotando esta cuestión los límites referenciales del populismo se vuelven porosos. La frontera o marca populista se desdibuja. Delimitar esta condición es necesario. De lo contrario, surge la duda de si estaríamos ante discursos populistas.

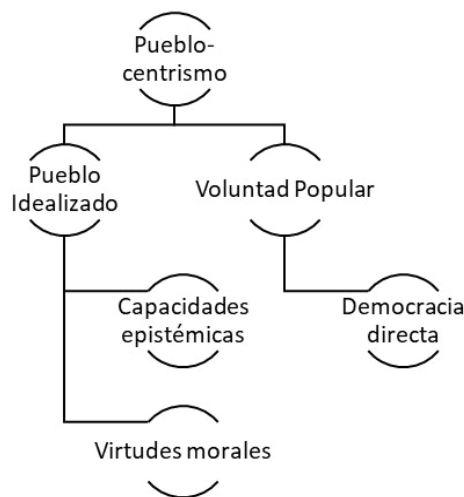
El pueblo en la teoría ideacional presentaría dos compartimentos o pilares hermanados sobre los que se yergue la concepción populista del pueblo. Por un lado, una determinada *fe en el pueblo*. Por el otro, la tesis de que su voluntad debe ser cumplida sin que se imponga constreñimiento no democrático alguno. Es la *mitificación popular* la que ha sido olvidada en ocasiones. En cambio, no sucede lo mismo con la *voluntad popular*. Esta dimensión ha cobrado mucha atención. Muchas de las baterías de preguntas constan de ítems que pretenden captar esta condición (por ejemplo: Akkerman *et al.*, 2014; Hobolt *et al.*, 2016; Castanho *et al.*, 2018; Schultz *et al.*, 2018).

Una dimensión que está relacionada directamente con el papel que debe desempeñar el pueblo en democracia. El populismo ha sido definido como un fenómeno que pretende poner en marcha una democracia calificada como iliberal (Pappas, 2014). Esto es, una democracia que sacraliza el pueblo y su voluntad política. Una voluntad que debería estar desprovista de las restricciones que suelen acompañar a los sistemas liberales (Müller, 2017). El populismo se presentaría, de acuerdo con los planteamientos dominantes (por ejemplo: Canovan, 2005; Urbinati, 2014), como partidario de una democracia más directa donde la gente se convertiría en el principal protagonista de la trama política. Un tipo de participación decantada principalmente, en oposición a modelos más deliberativos, hacia una lógica plebiscitaria basada en el uso de referéndums (Mudde, 2007; Rosanvallon, 2020).

Otras perspectivas, críticas con el modelo dominante, consideran que el nexo entre populismo e iliberalismo responde más a un prejuicio anti-populista que a una aproximación analítica rigurosa (Stavrakakis, 2017). El caso de Syriza en Grecia revelaría cómo el populismo de izquierdas, una vez llega al gobierno, es inclusivo

con las diferencias y respetuoso con la pluralidad de valores e intereses existentes (Stavrakakis y Katsambekis, 2014). La defensa de la voluntad popular no se haría en términos superlativos o absolutos, sino como una demanda históricamente contextualizada. El populismo, sobre todo en su versión de izquierdas, sería, según C. Mouffe (2019), una respuesta frente al déficit de democracia. Una reacción política que tendría entre sus objetivos devolver el poder al pueblo, agente soberano en democracia (Lefort, 1986; Rancière, 2011).

Muchas preguntas están relacionadas con esta cuestión. Entre los enunciados más frecuentes encontramos algunos referidos a si los ciudadanos desearían tomar directamente las decisiones políticas o ser consultados sobre cuestiones fundamentales vía referéndum (por ejemplo: Akkerman *et al.*, 2014; Boscán *et al.*, 2018; Castanho *et al.*, 2018; Schultz *et al.*, 2018), una pregunta que se retiene en este estudio. Son menos los estudios que han prestado atención al otro pilar del pueblo, del que se encarga esta investigación. Lo que no quiere decir que no haya investigaciones que han intentado capturar esa *visión romántica del pueblo* elaborando preguntas relacionadas con las *virtudes de la ciudadanía* (por ejemplo: Stanley, 2011; Elchardus & Spruyt 2016; Oliver & Rahn 2016; Schultz *et al.*, 2018). Virtudes en un sentido estrictamente moral, como si las capacidades epistémicas no estuvieran de algún modo relacionadas con esta cuestión. *El deseo participativo ligado a la dimensión de la voluntad popular entendemos que está también intrínsecamente relacionado con la percepción que tengan los ciudadanos de sí mismos, con la concepción que tengan del pueblo.* Es decir, si se cree que las personas están capacitadas para tomar decisiones políticas. Por tanto, la idealización del pueblo tiene que comprenderse también en clave epistémica. Una relación ausente dentro de los estudios internacionales especializados. El siguiente esquema clarifica la relación que se propone en este estudio y que servirá para fundamentar nuestra hipótesis de investigación a continuación:



Sin embargo, lo que sugerimos en esta investigación es que la ciudadanía podría carecer de confianza en sí misma. Los líderes populistas irrumpen con un discurso que halaga al pueblo. Pero *a nivel social estaría lejos de existir un optimismo entre la comunidad de iguales. No solo no se daría una visión idealizada de su urdimbre moral, sino que también existiría un profundo recelo respecto a la posibilidad de que los ciudadanos participen en política de una forma más directa.* También entre los simpatizantes del populismo. Una tesis con la que se desafía la hipótesis dominante, cuya formulación se fundamenta en indicios previos.

Tratando de comprobar la tesis de los *stealth-democrats*, es decir, si los ciudadanos, hartos del establishment, se decantan por expertos en la toma de decisiones, un estudio de carácter cualitativo llegó a la conclusión de que no se cumplía, aunque tampoco existía una predilección por procesos más participativos (García Espín *et al.*, 2017). La razón de fondo parecía ser la falta de confianza horizontal en las personas. Sobre todo, en relación con la formación y la capacidad de los ciudadanos para decidir en cuestiones que afectan a todos. Las representaciones que allí se analizaban dibujaban un clima de desconfianza generalizado, tanto hacia las elites como hacia la gente. Otra investigación, también basada en grupos de discusión, descubría, al indagar si existían discursos populistas entre la gente en el contexto previo a la irrupción de Podemos, que la condición de pueblo idealizado no se cumplía en ninguno de los 16 grupos que allí se analizaban (Rodríguez Sáez, 2020). La razón era la misma: la falta de fe en la capacidad de juicio político de las personas.

Lo que se plantea es retirar provisionalmente el signo positivo asignado al pueblo dentro de la estructura discursiva populista en el nivel de la demanda, pero no de la oferta. Ponerlo en duda para volver a probarlo. Proceder como si fuera todavía incógnita. Un trabajo en negativo que pretende cuestionar la certeza a la que se ha llegado mediante otras estrategias metodológicas distintas a las cualitativas. En esta estructura populista los contenidos son formales y vacíos. Todos los elementos están relacionados. El desvanecimiento de uno de ellos implica el desmoronamiento de la estructura. Sin pueblo idealizado no hay populismo. Esta indagación se expresaría, en forma de cuadro, de la siguiente forma:

Elite	Pueblo
-	+?

4. METODOLOGÍA

Hemos explicado que el objetivo principal de esta investigación es indagar qué piensa la gente del pueblo. Tanto de su comportamiento ético como de sus capacidades epistémicas. Hacerlo a través de sus discursos. Observar si las imágenes son favorables o desfavorables. O quizá contradictorias, ambivalentes, imposibles de encajar en un esquema netamente dual. Lo hacemos desde una hipótesis que se desmarca de la tesis dominante. Y para ello empleamos grupos de discusión. Una técnica de producción intensiva de datos (Morgan, 1996, pp. 130-131) que ha sido desatendida en este campo. Como hemos señalado en el anterior apartado, son todavía escasos los trabajos que emplean estrategias cualitativas (por ejemplo: Abts *et al.*, 2018; Rodríguez Sáez, 2020). Constituye una senda de análisis poco transitada. En esta investigación nos asomamos a esta otra forma de contemplar la cuestión del pueblo.

La encuesta estadística goza de una precisión, así como de un grado de representatividad, a la que no puede aspirar el grupo de discusión. Sin embargo, este constituye una vía significativa para analizar las representaciones sociales, las percepciones que tienen sobre un tema (Krueger, 1991, p. 24). Y permite hacerlo de manera focalizada, pero con cierta apertura. Generando las condiciones necesarias para que sean las personas las que libremente desarrollen sus discursos en una situación de comunicación interpersonal controlada (Ortí, 1986, pp. 153, 177). Lo que facilita el acceso a las posiciones discursivo-ideológicas de los participantes. También al lenguaje que se emplea. Sin que quepa la posibilidad de objetivar o formalizar cada término. En este sentido, es preciso, como hacemos en este estudio, observar los nombres que usan las personas para referirse al pueblo: *los nombres del pueblo*. O las ausencias y silencios, que también pueden revelar sentidos inéditos.

Las palabras no son neutras. Están *marcadas* ideológicamente. Bajo su apariencia subyacen sentidos en disputa. Significados donde están contenidos diferentes formas de entender el mundo (social), sea de forma consciente o inconsciente. Esos discursos expresan siempre algo del medio social del participante. Contexto social de partida que modula la forma de percibir la realidad social. Formas de conciencia que están, al mismo tiempo, condicionadas por la ideología, estructura oculta en la cual se encuentran instaladas las formas de ver el mundo. Los grupos pueden servir para constatar esto. Observando -foucaultianamente- el orden de lo que es permitido decir, los estereotipos aceptados a los que se adhieren los participantes o la censura estructural que se impone sobre ciertas ideas (Ortí, 1986, p. 159). También la concordancia en los discursos como síntoma del poder de ciertos esquemas de sentido. Aunque también es posible que se desencadene una *guerra de discursos*. Una división que revelaría -potencialmente- las grietas de esta estructura de valores invisible. Con los grupos deseamos explorar las distintas *constelaciones de opinión*.

En base a este objetivo se ha diseñado una muestra que incluye *posiciones sociales muy diversas*⁴. Posiciones que responden a criterios generacionales, económicos, laborales o políticos. Los estudios sobre populismo han observado que existe una mayor concentración de actitudes populistas en perfiles caracterizados por poseer menores niveles de renta y estudio (Rico y Anduiza, 2017; Boscán *et al.*, 2018). Recientemente, se ha observado que existe una conexión entre extremismo -como marco mental- y actitudes populistas en países como Francia y España (Marcos Marné *et al.*, 2021). Otras investigaciones sugieren que la base social del populismo es más heterogénea (Spruyt *et al.*, 2016; Rodríguez Sáez, 2020). Esos grupos, englobados generalmente dentro de la categoría de *perdedores de la globalización* (Kriesi *et al.*, 2008), están incluidos. Sin embargo, el foco muestral es más amplio. Lo que se pretende es generar un *mapa del universo de opiniones* sin reducir la muestra significativa a los posibles seguidores del populismo.

Lo que se ha introducido es un *vector de diferenciación basado en el grado de politización*. Se ha dividido la muestra entre personas politizadas (simpatizantes de partidos políticos, miembros de asociaciones o de movimientos sociales) y no politizadas (personas que no están adscritas a ningún partido o asociación política). Una frontera que responde a estudios previos donde se sugiere que podría existir una conexión entre confianza horizontal y participación política (García-Espín *et al.*, 2018). Subyacería la tesis de que las personas activas políticamente tendrían más fe en las cualidades de los ciudadanos para intervenir directamente en los asuntos públicos. En cuanto a los perdedores de la globalización, generalmente grupos sociales con cierta carencia de capital económico y cultural, por expresarlo en términos de Bourdieu, es de esperar un grado menor de eficacia política interna (sentimiento de impotencia política) (Spruyt *et al.*, 2016), pero también niveles más bajos de confianza horizontal que las personas implicadas activamente en la política.

La muestra se compone de nueve grupos de discusión o grupos focales celebrados en el año 2013. Cada grupo está compuesto entre cinco y nueve personas. Las sesiones tuvieron lugar en distintos sitios de la geografía francesa para habilitar ese *mapa de opiniones*. En zonas metropolitanas (Lyon y París), rurales (Nièvre), más deprimidas económicamente (Roubaix) o de alto nivel social (La Rochelle). Aunque faltaría por completar en futuros estudios la muestra con más representaciones del mundo rural, un espacio donde el populismo de derechas se ha revelado como agente político más competitivo.

Las sesiones fueron poco dirigidas y su duración de una hora y media. Los moderadores tuvieron que intervenir pocas veces, generalmente para aclarar algunos aspectos o reconducir la conversación hacia el tema de discusión cuando el grupo se dispersaba, siendo los participantes los verdaderos protagonistas de la narración. El escenario de la conversación, aunque producido, no impidió que

⁴ Ver tabla muestral en el anexo I.

los participantes se apropiaran de la misma. En todos los grupos los intercambios fueron fluidos. El hecho de que las personas se conocieran entre sí de manera previa fue decisivo en este aspecto. Se contactó con los participantes a través de las redes personales y académicas. Esto posibilitó que algunas personas que no hubieran participado en otras condiciones lo hicieran. Los grupos se inician con una pregunta general sobre la situación política (¿Qué opináis del funcionamiento del sistema político? ¿Qué os gusta y que no os gusta del sistema político?). Una pregunta indirecta que sirve para provocar o animar la discusión grupal. Pero la pregunta esencial, la que desvela la percepción que tienen los ciudadanos sobre los propios ciudadanos, se presenta, aunque no de manera exclusiva, con la cuestión de la participación (¿Creéis que la gente debería participar en política? ¿Podrían los ciudadanos tomar las decisiones políticas?). Cuestión que sirve como desencadenante, como tema que precipita que la gente comience a opinar sobre las capacidades que tiene la ciudadanía⁵.

El análisis de los datos se despliega en tres fases jalonadas entre sí. Una primera etapa de tipo *fenomenológico* en la cual se procede a leer los discursos sin imponer ninguna categoría de análisis previa. Una lectura sin teoría. Este procedimiento sirve para hacerse una impresión general de los grupos. Captar el espíritu que los atraviesa. Identificar elementos impensados desde nuestra perspectiva analítica de partida.

La segunda etapa es *analítica*. Se procede desde arriba, de forma deductiva. Se aplica una serie de claves analíticas en los discursos. En concreto, dos dimensiones relacionadas con la *condición de pueblo-virtuoso*: i) *las capacidades morales* y ii) *epistémicas*. De lo que se trata es de *comprobar si realmente existen representaciones positivas del pueblo*. El objetivo es registrar todos aquellos discursos donde esté presente esta esfera del pueblo. Para ello se procede marcando los discursos con un código alfabético. Descomponiendo los discursos en categorías delimitadas. De modo que, por ejemplo, cuando aparece un contenido que expresa una visión desfavorable sobre la capacidad de juicio político se indica con un signo negativo.

La tercera etapa es el paso de la *dimensión manifiesta* al *plano de la interpretación sociológica* (Ruiz, 2009). De la descomposición a la hermenéutica de conjunto. Atendiendo a la esfera intersubjetiva del lenguaje, ausente en los análisis textuales (Ibáñez, 1986, p. 38). Se procura comprender los discursos en su contexto social general. Porque las formas de conciencia se corresponden con la constelación histórica donde emergen. En este sentido, resulta imprescindible analizar los discursos a la luz de las condiciones sociales de los participantes.

⁵ Las dos grandes preguntas que sirven para estructurar el guion pueden verse en el anexo II.

5. RESULTADOS

Los grupos se inician con una pregunta general acerca del funcionamiento del sistema político. Con ello se abre una discusión cuyo mínimo común denominador es la crítica a los políticos. El énfasis y el contenido de esa crítica puede variar en función de la posición social, la orientación ideológica o el capital cultural. A pesar de las variaciones, el rechazo es unánime. Eso no impide que también juzguen con severidad el comportamiento cívico de la gente. Sobre todo, por la falta de interés e implicación en los procesos políticos. De manera no unánime, también algunos participantes cuestionan la capacidad de juicio de los ciudadanos. Lo que resulta paradójico teniendo en cuenta que casi la totalidad de los grupos desean procesos más participativos, generalmente vía referéndum, como medio para recuperar lo que consideran está en retroceso, cuando no amputada: la democracia.

Los grupos se van a estructurar a partir de dos objetivos: i) conocer qué opinión tienen del comportamiento político de la ciudadanía (dimensión moral) y ii) observar qué grado de confianza muestran hacia las capacidades epistémicas de la gente (dimensión epistémica).

5.1. *¿Cómo se ven los ciudadanos a sí mismos?*

5.1.1. *Introducción*

Todos los participantes opinan, sin que se les pregunte, elemento crucial para comprender la ideología espontánea que los atraviesa en ese momento, sobre el comportamiento político y moral de los ciudadanos. El reproche a los políticos es preludeo de la crítica a la ciudadanía. La confianza política, ya sea en el eje vertical o en el horizontal, brilla por su ausencia. Erosión dramática de un intangible vital para el buen funcionamiento de las energías democráticas depositadas en el fondo de las sociedades.

De manera sorprendente, en casi todos los grupos, aparecen los mismos posicionamientos discursivos. En su mayoría consideran que la raíz de los problemas es la apatía política de los ciudadanos: en una *falta de compromiso cívico-político*. No obstante, los grupos económicamente más vulnerables, los que definíamos, siguiendo la etiqueta clasificatoria de moda, como perdedores de la globalización, se presentan como una excepción. Lo que no significa, en cualquier caso, que la imagen general que tienen de la ciudadanía sea positiva. En ellos, la crítica no se dirige a la ciudadanía en general, sino a colectivos muy determinados, entre los que destacan los inmigrantes. Consumación del discurso que nutren las ultraderechas de cualquier signo, populistas incluidas. Les acusan de beneficiarse de las ayudas sociales sin contribuir al desarrollo económico del país. Quizá sea este perfil social

susceptible de conectar emocional e ideológicamente con los discursos de las ofertas populistas de derechas, como la de Agrupación Nacional. Por último, entre los grupos más a la derecha aparece un argumento catastrofista por cuanto es más determinista. Consideran que los problemas de la ciudadanía derivan de un supuesto carácter cultural francés (una especie de ousía aristotélica francesa) o de la misma naturaleza humana (pesimismo antropológico manifiesto).

5.1.2. *Un pueblo de individualistas*

El mal funcionamiento de la democracia no es únicamente un discurso de las elites, opinan en los grupos. Consideran que la relación es especular, que los políticos no son distintos de los ciudadanos, sino un reflejo. «*Es en lo alto y en lo bajo*», opinan los jóvenes (G. E. L.). Una divisa que expresa el sentir general.

No obstante, el sentido profundo de la crítica se relaciona con el deseo de transformación política. Un cambio que es en realidad una vuelta al pasado. Un discurso defensivo. Tienen la percepción de que las promesas sociales que cohesionaron la sociedad no se están cumpliendo. Por ejemplo, la igualdad política, fundamento normativo esencial de la democracia. Algunas causas arraigan en las condiciones históricas del capitalismo financiero. En este sentido, los mercados transnacionales terminan imponiendo, en muchos casos, sus intereses sobre la política económica, vaciando de este modo la democracia. Los políticos, con sus actitudes poco limpias, con su ensimismamiento cartelizador, también habrían erosionado, en opinión de los grupos de discusión, las bases democráticas. Pero no son cínicos. Desaprueban esta deriva porque tienen fe en la democracia. Por eso creen que quizá con nuevos partidos, con políticos más idealistas y comprometidos con la *res publica*, se podría estar más cerca de su ideal democrático. Para ello sería necesario más participación política, entendida en términos electoralistas, más interés por lo común y más compromiso cívico. Disposiciones que juzgan ausentes entre la ciudadanía francesa.

El diagnóstico compartido es que las personas van a los suyo sin preocuparse de lo común, por lo que la queja política resulta un gesto impotente, pura impostura. Los estudiantes de clases medias, especialmente críticos con la ciudadanía, sienten que los franceses «*cada vez somos más individualistas*» (G. E. R.). Y aunque la culpa la dirigen a todos los ciudadanos («*una falta de interés de la sociedad en general*»), se muestran más críticos todavía con ellos mismos, con su propia generación («*sobre todo de los estudiantes*») (G. E. R.). Sienten que ya no se mueven por ideales y que «*no hacen el esfuerzo de informarse, de mirar a quién votan*» (G. E. L.). Creen que el voto de su generación se vuelve acríptico. Una reproducción de la herencia política recibida. Uno de estos participantes llega a sostener que «*una democracia no puede funcionar con espíritu mezquinos*» (G. E. R.).

La idea de que la gente no se interesa por la política es transversal. En los perfiles ideológicos más a la derecha apenas existen diferencias. Los militantes de

derechas sostienen que *«hay quien pasa»* (G. M. D). Del mismo modo, las clases altas (G. C. A.) perciben que *«el ciudadano no hace su trabajo como debería, no participa»*. Sin embargo, existe una singularidad de este grupo, un rasgo distintivo, su asociación entre falta de virtud cívica y herencia cultural. *«Somos latinos, no teutones»*, proclaman los participantes, como si incumplir con los deberes políticos fuera algo inexorable del alma francés. Este punto resulta paradójico, ya que demandan una transformación que al mismo tiempo ponen en duda que sea posible. Pero las contradicciones, no el principio de identidad lógico, es lugar común en los discursos sociales.

Los grupos más a la izquierda ponen el énfasis en esa misma idea, pero asociada a la falta de cambio político. Básicamente, lo que sostienen es que el estado actual de las cosas es el resultado de sus elecciones. *«Son los franceses los que quieren eso»*, opina la gente que participa en el mundo asociativo (G. A.). Los militantes de izquierdas (G. M. I.), en esa línea, juzgan con dureza las decisiones electorales de los franceses: *«es un poco la falta de los electores, porque cuando miramos lo que se ha elegido los últimos veinte años, siempre han sido los mejores comunicadores, nunca los mejores políticos»*.

En estos discursos nadie parece salvarse de la denuncia. No obstante, las personas que están implicadas en la vida social y política de manera activa, ya sea de forma más o menos convencional, tiende a eximirse de esa sintaxis culpabilizadora. Por ejemplo, los militantes de UMP (G.M.D.) cuentan las renuncias vitales a las que se ven abocados por estar en política (*«el compromiso lleva su tiempo (...) veo muy poco a mis padres, no tengo mucho tiempo para mi vida»*). Entre la gente de las asociaciones de París (G. A. P.) explican que *«no somos muchos los que nos queremos comprometer (...) no ser solo un votante»*.

5.1.3. Los Otros (inmigrantes) como gorriones sociales

En los grupos más precarizados social y económicamente el discurso del individualismo está prácticamente ausente. En cambio, cobra fuerza un discurso ligado a la cuestión social, a su propia experiencia de desamparo social. La situación personal es clave para comprender la naturaleza del discurso. Son hijos de la sociedad del descenso (Nachtwey, 2017). Son personas que han perdido en muchos casos el horizonte de futuro. No tienen esperanza en ascender socialmente. Carecen de estabilidad económica y social. Su vida está marcada por un clima de inseguridad constante. Por la sensación de falta de protección. Por eso, el grupo de precarios hace una defensa de los mecanismos de protección que ofrece el Estado de Bienestar francés, única malla de protección en muchos casos.

Sin embargo, algunas partes de los grupos se muestran críticos con determinados sectores de la población. Los sectores más a la derecha se posicionan en contra de determinados receptores de prestaciones sociales. Un discurso que lo que

revela, de manera subyacente, es la *lucha por la supervivencia dentro de las clases trabajadoras*. Quizá las estigmatizaciones de esos grupos son racionalizaciones de un resentimiento profundo originado por el temor a descender socialmente.

En el caso del precariado, los más conservadores sitúan el foco en los jóvenes de barrio. Opinan que *«hay muchas ayudas para los jóvenes y no intentan buscar trabajo»* (G. P.). Su situación laboral es una cuestión relacionada con el esfuerzo personal y la responsabilidad individual. Un posicionamiento que despierta el rechazo de la gran mayoría de participantes, más inclinados a pensar que el paro se debe a razones estructurales (*«también hace falta que tengan trabajo»* G. P.). Sin embargo, la otra fracción insiste en su argumento añadiendo que si no tienen un empleo es porque sus expectativas son demasiado altas (*«eso depende de lo que busquéis»* G. P.). Para esta parte los jóvenes tienen que estar dispuestos a cualquier trabajo. En el trascurso de esta controversia aparece por primera vez un argumento donde se conecta la precariedad con la cuestión racial. Una de las participantes trata de desmontar el mito del esfuerzo individual (meritocracia sin condiciones materiales que la aseguren). Para ello comenta su experiencia biográfica, la *«discriminación racial»* que ha sufrido cuando ha intentado optar a determinados empleos. Con su testimonio trata de explicar a la parte conservadora lo que significa sufrir una doble exclusión, por clase y raza.

El precariado social es diverso. En el confluyen visiones del mundo, intereses, posiciones de partida y cualificaciones laborales diversas. En el grupo de gente trabajadora (G.C.T.) se abre un debate acalorado también con relación a receptores de las ayudas sociales. En este caso, el chivo expiatorio de los participantes de derechas son los inmigrantes. Sobre ellos descargan su ansiedad de estatus. No sabemos si en el otro grupo (G. P.) este mismo discurso podía estar en latencia. Al estar compuesto por personas de diferentes razas constituía un tabú, a no ser que algún participante hubiera estado dispuesto a violentar a otros compañeros.

El grupo comienza denunciando a los gorriones sociales en genérico. Uno de los participantes insta al resto del grupo *«a hablar de aquellos que tienen las ayudas y no trabajan»*. Una opinión que es fuente de indignación. En este contexto es cuando una parte del grupo pone la diana sobre los inmigrantes. Lo hacen dejando caer el argumento: *«a menudo no son ni personas que han nacido en Francia»*. Pero después la crítica se hace explícita. Consideran que las ayudas sociales tienen que ser para los que ellos entienden son los verdaderos franceses (o heartland galo), para la comunidad -étnica- de iguales. Y no para extranjeros que se comportan como verdaderos gorriones: *«las personas que han trabajado durante veinte años y que están en paro porque su empresa ha cerrado (...) es normal que reciban una ayuda, pero las personas que vienen de un país, que no sabemos de dónde vienen, que tienen cinco hijos, que acceden a alojamientos, cosas así, que reciben ayudas, que le buscamos comida, que pagamos sus impuestos y que al mismo tiempo los discapacitados no reciben nada, pues bueno, no es muy normal»*.

La otra parte del grupo reacciona etiquetando ese discurso de racista, una palabra que ideológicamente constituye un estigma, una descalificación de la cual todo el mundo intenta huir: *«creo que ahí existe un problema de racismo, porque tú apuntas a las personas extranjeras, pero no es el extranjero (...)»*. Se suman argumentos dramáticos en los que se proyectan historias para terminar explicando que las ayudas que reciben muchos inmigrantes son puntuales: *«cuando se trata de refugiados políticos (...) han tenido bastantes dificultades. Cuando hablamos de una mujer, hablamos de violación (...). Han trabajado en condiciones y han viajado también en condiciones atroces. Cuando llegan a Francia y les facilitamos algo de alojamiento y algo de comida durante seis meses, yo estoy de acuerdo»*.

El término racista cumple su función de cierre ideológico obligando a la otra parte a matizar su postura. El rechazo del Otro no se plantea en clave étnico-cultural, sino que subyace el temor económico, la posibilidad de despeñarse socialmente (*“no digo que los franceses sean mejores, pero no llegamos a alimentar a los franceses»*). No obstante, en el discurso subyace una visión algo xenófoba. Siguen insistiendo que *«hay muchos que no quieren hacer una puta mierda (...) se benefician del sistema»*. Pero la clave de este proto-racismo latente se revela cuando uno de los participantes llega a afirmar que *«si se trata de un buen extranjero (...) no veo ningún problema»*. El buen extranjero es aquel que no compite económicamente *«cuando vemos un obrero francés que es (...) correctamente pagado y otro obrero que viene de Europa o de otro lugar, que no es francés, que viene a trabajar a Francia, en fin (...) y trabajan toda la semana sin parar, incluso por la noche, en horas impensables para nosotros en Francia, nosotros empezamos a las 7 de la mañana y terminamos a las 5 de la tarde, y ellos, por el contrario, empiezan (...) a las 7 de la mañana y terminan a 10 de la noche y son menos pagados, así que no podemos competir contra esta gente»*.

5.2. ¿Creen los ciudadanos que están en condiciones de tomar decisiones políticas?

Los expertos dividen la condición de pueblo-centrismo en dos propiedades: i) voluntad popular (asociada a la cuestión participativa) e ii) idealización del pueblo. En este trabajo se propone conectar ambos pilares: la percepción que tienen los ciudadanos sobre sus propias capacidades epistémicas para participar permite vincular ambas esferas.

En los grupos observamos que la democracia es un ideal que defienden todos los participantes. Evidentemente, no todos lo conciben del mismo modo. Aunque la mayoría secunda el actual modelo basado en elecciones, una minoría propone formas más participativas basadas en la deliberación. No obstante, todos comparten que en democracia el poder emana del pueblo. Y, precisamente, este es el problema. Los participantes perciben la fractura de este imperativo. Por eso, cuando se les pregunta si quieren procesos más participativos, la respuesta, con todas sus

ambivalencias, tiende a ser afirmativa. Por lo general, la gente parece privilegiar formas agregativas, como el referéndum, si bien algunas variables, como la experiencia previa en formas de participación no convencional, predispone hacia una lógica más deliberativa. Pero, paradójicamente, muchos creen que las personas no están en condiciones de tomar decisiones políticas.

En este apartado estructuramos los grupos en función de dos criterios: i) qué tipo de procesos participativos prefieren y ii) qué nivel de confianza muestran hacia la gente.

5.2.1. *Todo empieza y termina con las elecciones: las clases altas*

El único grupo que rechaza procesos más participativos son las personas de clases altas. Rechazan la vía preferida por el resto de los grupos, el referéndum. Creen que no se puede «*hacer un referéndum (...) sobre todas las decisiones que se tengan que tomar*» (G.C.A.). Defienden el modelo schumpeteriano vigente, aunque opinan que debería concurrirse más veces a elecciones: «*habría que votar todos los años para saber si las personas están de acuerdo*». Para ellos la participación directa es poco viable debido a dos razones. Una tiene que ver con la falta de competencias y la escasez de información de la ciudadanía («*el ciudadano no puede tomar la decisión*» porque carece de «*información*» y «*medios*»). El otro motivo es de escala («*podemos hacer eso en un municipio, pero no podemos hacerlo en un país*»).

Una parte de los participantes rebate el discurso dominante del grupo. Es optimista respecto a la capacidad de juicio político de la gente. Confía en que la ciudadanía «*puede tomar decisiones*». Incluso cree que «*son bastante más capaces*» que muchos políticos. Apuesta por «*la posibilidad de firmar peticiones o manifiestos*» o por realizar «*referéndums*». Fórmulas, todas ellas, que servirían para recuperar esa sensación de pérdida de poder político, de capacidad de influir en las decisiones fundamentales de la comunidad.

5.2.2. *Democracia es el poder del pueblo: más referéndum*

5.2.2.1. *La gente no es capaz: militantes de izquierdas y estudiantes*

Los estudiantes de la Rochelle y los militantes de izquierdas coinciden en que se debe «*dar la palabra al pueblo*» (G.M.I), recuperar las «*raíces de la democracia*» (G.E.R). La democracia es para ellos, en un sentido general, la expresión de «*la voluntad del pueblo*» (G.E.R). Pero choca con este deseo su profundo recelo respecto a las capacidades políticas de la ciudadanía. Opinan que no están «*suficientemente informados*» (G.E.R) y que «*les falta conocimientos*» (G.M.I). Los estudiantes son explícitos: «*no son competentes para tomar buenas decisiones*». De hecho, llegan

más lejos en la crítica al afirmar que «*en un mundo ideal haría falta devolver el cerebro a las personas*».

Ambos grupos sostienen también la falta de independencia de juicio político de la gente. Los militantes de izquierdas incorporan el discurso de la manipulación. Una revisión de las antiguas tesis hegeliano-marxistas de la alienación del proletariado. Culpan a los medios de reproducir la ideología de las clases dominantes: «*cada 15 minutos te lavan el cerebro*». Creen que es «*un problema de educación*» (G. E. R.). Algo que se solucionaría con «*educación cívica*» (G. M. I.), comenzando «*en los años más tempranos*» (G.E.R). Cunde el pesimismo en el presente y existe esperanza a través de la cultura en el futuro.

Pese a todo desean que sus demandas cuenten, ya que tienen «*la impresión de cuando voto no cuenta para nada*» (G. E. R.). Y creen que «*el referéndum es para nosotros la mejor manera de expresarse*», de «*someter*» las decisiones «al pueblo» (G. E. R). Mecanismo preferente que algunos miembros ponen objeciones. Incluso los que parecen más predispuestos entre los estudiantes sugieren acotar el ámbito de las decisiones a temas que no presenten complejidad técnica, «*todo lo que sean decisiones sobre ecología y economía*» (G.E.R) quedaría al margen. La militancia de izquierdas, continuando con la tesis de la manipulación, creen que «*si hiciéramos un referéndum (sobre «el derecho al voto de los inmigrantes»), puedes estar seguro de que hay tres reportajes en TF1 en los que vemos a personas de color que agreden a personas mayores y las personas van a decir no*».

Tampoco se hacen ilusiones respecto a una posible democracia realmente plebiscitaria en la cual la gente vote de manera vinculante sobre los temas cruciales para una sociedad. Tienen en la memoria el fracaso del referéndum de la Unión Europea, algo que también está presente en muchos otros grupos. «*En 2005 hubo un referéndum sobre Europa, los franceses dijeron no, el poder ha dicho sí, así que, finalmente...*» la regla de la mayoría fue relegada a los intereses sistémicos de las elites.

Otras posiciones no mayoritarias temen que la fuerza de la mayoría que subyace en los planteamientos plebiscitarios pueda socavar los intereses de las minorías sociales. La voluntad popular, celebrada por otros participantes como apoteosis de la democracia, tiene sus críticos también. «*Todos tenemos el derecho de pensar diferente y creo que si tuviéramos todo el tiempo referéndum nos encontraríamos con conflictos*», apunta uno de los estudiantes.

Otro dato relevante es el deseo deliberativo que subyace entre los militantes de la izquierda, rasgo común entre los participantes que participan activamente en la vida política. El bagaje participativo previo parece ser un factor que predispone positivamente. Pero también sirve para entender las reticencias. En este caso, la acumulación de derrotas imprime una atmósfera de pesimismo. Algunos cuentan cómo han intentado «*construir ciudadanía*» de este modo, pero han «*fracasado*» (G. M. I.) Creen que «*es un discurso que no tiene medios*» para materializarse, úni-

camente bellas promesas políticas vacías de recursos. En cualquier caso, una parte del grupo defiende que la deliberación es una oportunidad para hacer *«reflexionar a las personas en conjunto y hacer propuestas»*. De manera tímida, sin que termine de cuajar, llegan a sugerir la posibilidad de elegir a los gobernantes de los municipios mediante *«sorteos»*, siendo el azar, la contingencia, el medio más igualitario que existe, la esencia de una *«verdadera democracia»*.

5.2.2.2. *Ambivalencias: precariado, jóvenes de clase trabajadora, militantes de derechas y estudiantes*

En este conjunto heteróclito de grupos existe el anhelo de devolver el poder al pueblo a través de procesos participativos como el referéndum. Eso sí, como *«complemento a la democracia representativa»* (G. E. L.), sin desbordar los cauces existentes. Para ellos el *«pueblo»* tiene que elegir en *«todo»* (G. M. D) porque democracia *«en su origen es el poder del pueblo»* (G. P.).

No obstante, existen posiciones ambivalentes respecto a las capacidades episémicas de la ciudadanía. Se podría decir que los discursos se dividen entre optimistas y pesimistas. Entre el precariado predomina la confianza. Piensan que con *«información»* cualquiera puede tomar decisiones políticas correctas (G. P.). Los jóvenes de clase trabajadora se muestran también bastante confiados respecto a sus posibilidades. Intentando establecer cierta ecuanimidad, opinan *«que el ciudadano no lo va a hacer necesariamente mejor que un político, pero tampoco lo haría peor»* (G. C. T.). Uno de los participantes, en cambio, sí cree que la gente lo haría mejor, ya que conocerían la realidad social que ellos experimentan: *«los ciudadanos serían capaces de tomar las decisiones, porque se encuentran en la misma situación que nosotros»* (C. G. T.).

En el grupo de estudiantes algunos participantes sostienen que hay un *«gran potencial»* en la ciudadanía, que solo *«falta un impulso»*, pero que *«los ciudadanos son capaces de tomar decisiones»* (G. E. L.). Creen que *«serían buenas decisiones, pero habría que tener un debate antes»* (G. E. L.). Sobre todo, para evitar la *«manipulación»* (G. E. L.). En términos retóricos, una parte de la militancia de derechas se pregunta que *«¿por qué serían necesariamente los políticos los que tuvieran razón sobre esas cuestiones y no el pueblo?»* (G. M. D.).

Ahora bien, también hay sectores importantes dentro de cada grupo que cuestionan la capacidad de juicio colectivo. En el precariado únicamente uno de los participantes insiste en decir que *«no somos lo suficientemente inteligentes para reflexionar»* (G. P.). Una parte de los trabajadores también cree que *«no podemos meter a cualquiera al frente de un país»* (G. C. T.). Después de hablar constantemente del pueblo, de la gente común, de la clase trabajadora, opinan que *«el ciudadano normal no podría»* tomar buenas decisiones (G. C. T.). Los estudiantes no son tan duros en la crítica como los trabajadores, pero sí creen necesario restringir el umbral

de decisiones en función de determinados ámbitos, ya que entienden que hay cuestiones que dada su complejidad técnica *«se escapan al entendimiento de los ciudadanos»* (G. E. L.), argumento con el que coinciden los militantes de derechas.

El referéndum es defendido de forma más vehemente por los grupos con menos recursos económicos, aunque el resto también simpatiza con esta idea. Así, los precarios creen que es necesario *«que se escuche más al pueblo y que se hagan referéndum sobre las cuestiones importantes, que se consulte al pueblo»* (G. P.). Al menos, *«para las cuestiones más importantes»* (G. C. T.) o *«divisorias»* (G. M. D.).

No obstante, la defensa de la voluntad general rara vez se plantea en términos monistas, como si preexistiera una voluntad homogénea. Solo una parte de la clase trabajadora cree que *«las decisiones irían todas en la misma dirección»* (G. C. T.). Una afirmación que genera controversia en el interior del grupo. Otro de los participantes le reprocha que *«caes un poco en cierta dictadura, porque no existe la libertad de pensar diferente»* (C. G. T.). La mayor parte de los grupos asumen que en una sociedad compleja, como la francesa, coexisten, no siempre de manera pacífica, intereses y valores heterogéneos, lo que imposibilita cualquier expresión unitaria de la voluntad (*“no hay ninguno que tenga la misma opinión que otro”* G.P.).

Como sucedía con los militantes de izquierdas, entre la derecha también se atisba, de manera fugaz, casi más como una provocación, la posibilidad de avanzar hacia una democracia basada en el sorteo de cargos: *«me gustaría que volviéramos a experimentar el azar, como en la boulé antigua»*. Un tema que surge solo al final y por parte de un participante que oscila entre varias posiciones no siempre reconciliables, como tecnocracia y sorteo.

5.2.3. Conquistar el interés general deliberando

La experiencia de los siguientes grupos en el mundo asociativo es determinante para entender su apuesta por una democracia más horizontal basada en la deliberación entre iguales. *«la democracia no solo es expresarse»* mediante el voto (G. A. P.). Y, aunque creen que *«la democracia representativa no funciona»*, tampoco son capaces de idear *«cómo podríamos organizarnos sin partidos»* (G. A. P.). La deliberación la ven como una alternativa, aunque la perciben como una meta que hay que alcanzar en el futuro.

Casi todos piensan, entre la gente de las asociaciones de París, que las personas pueden tomar buenas decisiones políticas. Entre los altermundistas existen más grises en el discurso. A diferencia de lo que pasaba en muchos otros grupos, se defiende abiertamente que *«son elecciones pragmáticas, razonables, estables, a menudo bastante mejor que las que toman los políticos»* (G. A. P.). Entienden que se ha producido un cambio histórico en el acceso a la cultura, una democratización de la formación académica que ha elevado el nivel general de la ciudadanía (*“Esos tiempos han terminado con los sistemas de educación que tenemos y también con*

internet. *El nivel de comprensión y de capacidad intelectual del ciudadano de base ha aumentado enormemente*» G. A. P.). Con ironía, uno de los participantes sugiere que «*si votamos (...) estamos tomando una decisión, no entiendo el hecho de plantearse la capacidad de los ciudadanos*» (G. A.).

No obstante, existen algunos argumentos que cuestionan la capacidad de toma de decisión de la gente. De nuevo reaparece, si bien de manera marginal, la tesis de la falta de competencias: «*tú no has hecho veinte años de carrera (...) ¿cómo se hace si no es con profesionales?*» (G.A.). También, sin terminar de cuajar en el grupo, se opina, en clave antropológica, en línea con el discurso elitista de las clases altas, que «*no importa qué ciudadano quiera tomar una buena decisión (...) las personas son más bien egoístas*», lo que obstaculiza la conquista del interés colectivo (G. A. P.).

De forma menos categórica, asumiendo de entrada que la gente sí puede hacerse cargo de las decisiones políticas, explican que, debido al juego de la democracia electoral, basado en estrategias de marketing político, «*estás extremadamente manipulado*» (G. A. P.). En contraposición, plantean que la toma correcta de decisiones no depende de la formación académica de partida, sino de estructuras que fomenten una reflexión sin sesgos ideológicos: la deliberación. En el grupo de asociaciones de París se afirma que «*lo que impide la decisión catastrófica es el proceso deliberativo*». «*Es un lugar de constitución del interés general*» (G. A. P.). Rechazan la vía del referéndum, así como cualquier concepción dada de la voluntad general, la cual creen que tiene que ser conquistada mediante «*una conversación, un debate*»: «*lo que hace que una decisión sea buena es la diversidad de los que se expresan y así se construye el interés general*» (G. A. P.). La deliberación permitiría que «*cualquier francés*» tomara una «*buena decisión*» (G. A. P.). También se valoran, aunque sin profundizar demasiado, otras fórmulas, como el sorteo.

6. CONCLUSIONES

Decíamos al inicio de este estudio que los estudios que analizan el populismo en el nivel de la demanda se basan en una comprensión ideacional del fenómeno. Una perspectiva teórica que define el populismo como un conjunto de ideas que contraponen el pueblo a la elite. Un discurso dicotómico en el cual el pueblo constituye el polo moral positivo. La idealización del pueblo es considerada como una condición necesaria para hablar de populismo. La fe en el pueblo sería un rasgo definitorio. Por tanto, una visión negativa nos colocaría fuera del populismo. Sin ese elemento se descompondría su estructura binaria. Este estudio ha puesto el foco de atención en esta dimensión, orillando la clave anti-oligárquica.

Hasta el momento los estudios disponibles, basados casi todos ellos en técnicas de encuesta, parecen confirmar esta hipótesis. Lo han hecho, sin embargo, desatendiendo, algunos casos, el pilar romántico de la noción de pueblo. Lo que

nos hemos propuesto es poner en duda esta ecuación. Por ello, al comenzar el artículo nos preguntábamos si realmente los ciudadanos tienen una visión positiva del pueblo. Hemos sugerido, de forma contra-inductiva, que la gente no confía en el pueblo o no siempre. Un recelo que descomponemos en dos dimensiones: ética y epistémica. Para ellos hemos analizado el caso francés mediante la técnica de grupos de discusión.

En primer lugar, hemos observado una completa ausencia de discursos laudatorios respecto a las cualidades morales del pueblo. Se produce una inversión de la premisa populista. Las opiniones que tienen son desfavorables, si bien con matices. Es preciso destacar que los distintos perfiles sociales generan distintos posicionamientos discursivos. Responsabilizan del mal funcionamiento a la propia ciudadanía. Entienden que la crítica a las elites es indignación vacía. Un discurso impotente al que no le acompaña ninguna acción. Si esas elites siguen en el poder es porque ellos, con su indolencia, con su falta de compromiso cívico-político, lo han hecho posible.

No obstante, el problema de fondo tendría que ver con el predominio de una cultura individualista. Sienten que la gente no se preocupa por el bien común. Los jóvenes de clases medias no admiten excusas. En cambio, la gente de izquierdas, sobre todo aquellos que participan políticamente de forma no convencional, desplazan el origen del problema a las estructuras, a la cultura capitalista del consumo posesivo. El cambio de comportamiento no vendría tanto de un imperativo ético-personal como de una transformación de los valores dominantes. Subyace en este tipo de denuncia el deseo de un lazo social más comunitario y solidario. Recuperar una especie de plenitud perdida. Terminar con la escisión y el desgarro que parece entrañar la lógica disgregadora neoliberal. También hay quien, como entre los grupos de derechas, con especial énfasis entre las clases altas, sostiene que los déficits del pueblo francés se deben a una suerte de determinismo histórico-cultural, al hecho de tener un carácter latino.

En cambio, hay grupos en los que no surge este tipo de denuncia. No se produce ningún halago, pero tampoco una crítica de la ética del pueblo. Posición ambivalente que ni confirma ni falsa la categoría que analizamos. El rechazo se concentra en determinados sectores de la sociedad, como los inmigrantes. Es lo que observamos en una parte de los trabajadores precarios o gente de clase trabajadora, es decir, entre los sectores sociales que experimentan más inseguridad económica. Estos participantes acusan a estos colectivos de ser receptores de beneficios sociales sin contribuir al progreso del país. Creen, además, que son competidores directos en el acceso a los puestos de trabajo. El discurso está cargado, en ocasiones, de cierto resentimiento. Le acompaña el temor. Sin embargo, en relación con lo que sostiene E. Fassin (2018, pp. 85-97), esta pasión triste no está claro que sea sinónimo de xenofobia. Puede que la visión nativista del pueblo (el pueblo como nación) no se relacione tanto con prejuicios étnico-culturales como con el temor al descenso social.

Lo que no es acicate para pensar que pueda terminarse fraguando una conexión racista. Sin embargo, parece razonable sugerir que las consignas antinmigración y de defensa chovinista del Estado de Bienestar de la ultraderecha francesa encuentran un espacio de resonancia en esta clase de discursos.

En segundo lugar, queríamos comprobar si la gente opina que los ciudadanos pueden tomar decisiones políticas directamente. En nuestro estudio constatamos que no existen perfiles concretos entre aquellos que rechazan la capacidad de juicio político de las personas. El elitismo de las clases altas, su deseo orteguiano de una política liderada por los más capaces u «optimi», hace que denieguen cualquier expresión horizontal de participación. No confían en el ciudadano común. En el otro polo, las personas del mundo asociativo opinan que son capaces de tomar las riendas de la política de forma directa. Pero encuadran esta posibilidad dentro de los procesos deliberativos, que garantizan un igual acceso a la información y una discusión -habermasiana- en base a razones. Creen que la democracia deliberativa es el único antídoto frente a la deriva tecno-autoritaria que está tomando la política. Una forma de recuperar la raíz igualitaria de la democracia, en el sentido de Rancière (2011).

En el medio están el resto de los grupos, un conjunto heteróclito cuyo discurso no se ciñe a una clasificación sin contradicciones. Oscilan entre el optimismo y el pesimismo. Esto quiere decir que, a diferencia de lo que sucedía con el plano moral, la desconfianza epistémica no es unánime. Se produce cierta ambivalencia. Las personas que desconfían lo hacen por razones de información y de formación. El problema parece ser la falta de conocimientos. Entienden que existen temas cuya complejidad técnica escapa a sus competencias. Los optimistas, por su parte, sostienen que si a la gente se le suministra la información necesaria podrían tomar buenas decisiones políticas.

Lo más interesante, pero al mismo tiempo lo más paradójico, teniendo en cuenta que la mitad de la muestra no cree que la gente esté en condiciones de tomar decisiones políticas, es que existe un fuerte deseo participativo. Exceptuando los polos, clases altas refractarias a la participación y perfiles participativos proclives hacia la deliberación, el resto de los grupos quieren más referéndums, instrumento privilegiado, como decíamos, por el populismo (Rosanvallon, 2020, pp. 39-40). No obstante, la participación se contempla únicamente como complemento de la democracia electoral, no como posible vía para desbordarla. El deseo participativo es un síntoma del déficit democrático percibido por la gente. Creen que los políticos no son receptivos a las demandas del pueblo. El pueblo es una palabra que aparece de forma predominante entre los jóvenes, en oposición a los gobernantes que los representan, como cuerpo cívico-político. También aparece entre los sectores sociales más desfavorecidos, si bien construido en términos de clase social. El resto de los grupos, aunque no siempre de forma absoluta, se decantan por el término ciudadanía.

El referéndum es anhelado en la medida en que creen que con ello la voluntad del pueblo vuelve a escena. Una voluntad que pocas veces es definida en términos monistas. Al contrario, subyace un *ethos pluralista* donde la retórica de la voluntad popular cumple una función reivindicativa. *Democracia es para todos los participantes sinónimo de poder del pueblo. Lo que exigen es que se cumpla el ideal. Con ello se abriría un momento democrático susceptible de ser canalizado en términos populistas.*

Desde que se realizó el estudio el populismo en Francia se ha intensificado. Agrupación Nacional es hoy segunda fuerza política, seguida del populismo de izquierdas. El populismo galo ha cobrado un peso determinante en la política. Tiene capacidad de influir en la agenda política. En el resto del mundo se ha podido observar la caída de algunos líderes populistas, pero también al auge de otros. Parece que el espíritu populista continúa siendo espíritu de época. Esto puede deberse a que las condiciones sociales, económicas y políticas estructurales que dieron oxígeno para su aparición y desarrollo están lejos de haberse resuelto. Amplios sectores de la ciudadanía, en contextos nacionales muy diversos, sienten que no son protagonistas del proceso político, perciben que los políticos no son sensibles a sus demandas, que están vueltos sobre sus propios intereses, que generan dinámicas clientelares o que son impotentes frente a los poderes económicos. Esto no quiere decir, como trata de demostrar esta investigación, que la gente confíe en el pueblo. Sin embargo, existía un anhelo por recuperar autogobierno, por hacer que sus demandas, sus voluntades, heterogéneas y mestizas, no monistas como aventura el populismo, se hicieran efectivas. Esa tendencia parece seguir viva en la actualidad. Por eso, entre otras razones, los populismos de distinto signo siguen prosperando.

Como valoración global es posible sostener que la ciudadanía francesa, en el año 2013, no tenía una imagen demasiado positiva del pueblo. Cundía cierta desconfianza. No parecían tener una visión más positiva del pueblo que de las elites. En ambos perciben fallos morales. También epistémicos. Eso quiere decir que la condición sacrosanta del pueblo, imprescindible para hablar de populismo, no se cumple. En todo caso, los resultados que ofrecemos no pueden ser concluyentes. La muestra, aunque significativa, no es representativa de la población francesa. Es necesario seguir explorando esta vía de análisis en el futuro. Sumando otras estrategias metodológicas, como encuestas que incluyan en sus ítems preguntas con cierta apertura cualitativa que aborden esta hipótesis. También otros contextos espaciales y temporales. Constituye un indicio más que se suma a los que ya existen.

Cabe preguntarse si en este lapso se ha producido un cambio en las representaciones sociales. No tenemos datos que hayan comparado momentos de inicio de crecimiento del populismo con otros de expansión y consolidación. Podría ser que la diseminación de los marcos ideológicos populistas tuviera la capacidad de

reconfigurar los esquemas de percepción de una parte de la población. También cabe pensar que su capacidad de influencia no es tan grande. Las ciencias sociales llevan tiempo estudiando cómo cambian los valores en una sociedad. Si bien no existe consenso sobre los mecanismos causales, sí lo hay sobre la lentitud con la que ocurren.

Para concluir, consideramos que es necesario abrir un debate a futuro respecto a la naturaleza de la demanda populista. Hemos tratado de exponer como la condición de pueblo moralmente virtuoso no se cumple, lo cual abre un interrogante. ¿Puede seguir hablándose de demanda populista en ausencia de este requisito? Se podría contestar afirmativamente al precio de desposeer al pueblo de cualquier ropaje laudatorio. Bastaría con un discurso anti-establishment y una defensa de la voluntad popular. Otra opción, es contestar de manera negativa, en cuyo caso habría que reinterpretar la demanda en una dirección parecida a la de Laclau (2016). Es decir, como puro depósito de descontento social que puede ser articulado en un momento dado por los empresarios políticos en una dirección populista. Una opción que resulta plausible teniendo en cuenta el crecimiento de las fuerzas populistas.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abts, K.; Kochuyt, T. y Van Kessel, S. (2018). Populism in Belgium: the mobilization of the body anti-politic. En K. A. Hawkins, R. E. Carlin, L. Littvay y C. Rovira Kaltwasser (eds.), *The Ideational Approach to Populism. Concept, Theory and Analysis*. London: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315196923-15>
- Alemán, J. y Cano, G. (2016). *Del desencanto al populismo. Encrucijada de una época*. Barcelona: Ned.
- Akkerman, A.; Mudde, C. & Zaslove, A. (2014). How Populist are the People? Measuring Populist Attitudes in Voters. *Comparative Political Studies*, 47(9), pp. 1324-1353. <https://doi.org/10.1177/0010414013512600>
- Andreadis, I.; Hawkins, K. A.; Llamazares, I. & Singer, M. M. (2018). Conditional Populist Voting in Chile, Greece, Spain and Bolivia. In A. Hawkins, R. E. Carlin, L. Littvay & C. Rovira Kaltwasser (eds.), *The Ideational Approach to Populism. Concept, Theory and Analysis*. New York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315196923-11>

- Aslanidis, P. (2016). Is populism an Ideology? A reflection and a new perspective. *Political Studies*, 64(1), pp. 88-104. <https://doi.org/10.1111/1467-9248.12224>
- Boscán, G., Llamazares, I. & Wiesehomeier, N. (2018). Populist Attitudes, Policy Preferences, and Party Systems in Spain, France, and Italy. *Revista Internacional de Sociología*, 76(4), e110. <https://doi.org/10.3989/ris.2018.76.4.18.001>
- Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos: La secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpaso.
- Canovan, M. (2004). Populism for Political Theorists? *Journal of Political Ideologies*, 9, pp. 241- 252. <https://doi.org/10.1080/1356931042000263500>
- Canovan, M. (2005). *The People*. Cambridge: Polity Press.
- Castanho, B., Jungkunz, S., Helbing, M. y Levente Littvay (2019). «An empirical comparison of seven populist attitudes scales. *Political Research Quarterly*, 73(2), pp. 409-424. <https://doi.org/10.1177/1065912919833176>
- De la Torre, C. (2017). *Populismos. Una inmersión rápida*. Barcelona: Ediciones Tibidabo.
- Eatwell, R. & Goodwin, M. (2018). *National Populism. The Revolt against Liberal Democracy*. London: Penguin Books.
- Elchardus, M. & Spruyt, B. (2016). Populism, Persistent Republicanism and Declinism: An Empirical Analysis of Populism as a Thin Ideology. *Government and Opposition*, 51(1), pp. 111-133. <https://doi.org/10.1017/gov.2014.27>
- Errejón, I. & Chantal, M. (2015). *Construir Pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*. Barcelona: Icaria.
- Freeden, M. (2003). *Ideology*. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/actrade/9780192802811.001.0001>
- García-Espín, P., Ganuza, E. y Stefano de Marco (2017). ¿Asambleas, referéndums o consultas? Representaciones sociales de la participación ciudadana. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 157, pp. 45-64. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.157.45>

- Giner, S. (1971). *La Sociedad Masa. Ideología y Conflicto Social*. Madrid: Seminario y Ediciones.
- Hawkins, K. A.; Riding, S. y Mudde, C. (2012). Measuring Populist Attitudes. *Committee on Concepts and Methods. Working Papers Series Political Concepts*, 55, pp. 1-35.
- Hawkins, K. A. & Rovira Kaltwasser, C. (2018). Introduction: The Ideational Approach. In K. A. Hawkins, R. E. Carlin, L. Littvay & C. Rovira Kaltwasser (eds.), *The Ideational Approach to Populism. Concept, Theory, and Analysis*. London: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315196923>
- Hobolt, S., Anduiza, E., Carkoglu, A., Lutz, G. & Sauger, N. (2016). *Democracy Divided? People, Politicians and the Politics of Populism*. http://www.cses.org/plancom/module5/CSES5_ContentSubcommittee_FinalReport.pdf.
- Ibáñez, J. (1986). Perspectivas de la Investigación Social: el Diseño de la Perspectiva Estructural. En M. García Ferrando, J. Ibáñez y F. Alviria (eds.), *El Análisis de la Realidad Social. Métodos y Técnicas de Investigación Social*. Madrid: Alianza.
- Ibáñez, J. (1994). *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Madrid: Siglo XXI.
- Ionescu, G. y Gellner, E. (1969). *Populism: Its Meanings and National Characteristic*. London: Widenfeld and Nicolson.
- Kriesi, H.; Grande, E.; Lachat, R.; Dolezal, M.; Bornschier, S. & Frey, T. (2008). *Western European Politics in the Age of Globalization*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511790720>
- Krueger, R. A. (1991). *El Grupo de Discusión. Guía práctica para la investigación aplicada*. Madrid: Pirámide.
- Laclau, E. (2016). *La Razón Populista*. Madrid: Fondo de Cultura Económico.
- Lefort, C. (1986). *The political forms of modern society. Bureaucracy, Democracy and Totalitarianism*. Cambridge: Polity Press.
- Mair, P. (2005). *Party System Change: Approaches and Interpretations*. Oxford: Clarendon Press.

- Hugo M.-M., Llamazares, I. & Shikano, S. (2021) Left-Right radicalism and Populist attitudes in France and Spain. *Journal of Contemporary European Studies*.
- Moffit, B. (2016). *The Global Rise of Populism. Performance, Political Style, and Representation*. Stanford: Stanford University Press. <https://doi.org/10.1515/9780804799331>
- Morgan, D. (1996). Focus Groups. *Annual Review of Sociology*, 22, pp. 129-152. <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.22.1.129>
- Mouffe, C. (2019). *Por un Populismo de Izquierda*. Madrid: Siglo XXI.
- Mudde, C. (2004). The Populist Zeitgeist. *Government and Opposition*, 39(4), pp. 542-563. <https://doi.org/10.1111/j.1477-7053.2004.00135.x>
- Mudde, Cass (2007). *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511492037>
- Mudde, Cass (2017). An Ideational Approach. In C. Rovira Kaltwasser, Taggart, P. Espejo, P. O. & Ostiguy, P. (eds.), *The Oxford Handbook of Populism*. New York: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780198803560.013.1>
- Mudde, C. & Rovira Kaltwasser, C. (2017). *Populism. A Very Short Introduction*. New York: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/actrade/9780190234874.001.0001>
- Müller, J.-W. (2017). *¿Qué es Populismo?* Ciudad de México: Grano de Sal.
- Mèny, Y. & Surel, Y. (2000). *Par le peuple, pour le peuple : Le populisme et les démocraties*. Paris: Fayard.
- Oliver, J. E. & Rahn, W. (2016). Rise of the Trumpenvolk: Populism in the 2016 Election. *ANNALS of the American Academic of Political and Social Science*, 667(1): pp. 189-206. <https://doi.org/10.1177/0002716216662639>
- Ortí, A. (1986). La Apertura y el Enfoque Cualitativo o Estructural: la Entrevista Semidirectiva y la Discusión de Grupo. En M. García Ferrando, J. Ibáñez y F. Alviria (eds.), *El Análisis de la Realidad Social. Métodos y Técnicas de Investigación Social*. Madrid: Alianza.

- Ortí, A. (1996a). Génesis anti-oligárquica y ambigüedad política de los populismos: entre el comunitarismo igualitario y la reconversión fascista. *Historia Social*, 2, pp. 75-98.
- Ortí, Alfonso (1996b). Para Analizar el Populismo: Movimiento, Ideología y Discurso Populistas. (El caso de Joaquín Costa: populismo agrario y populismo españolista imaginario). *Historia Social*, 2, 125-134.
- Panizza, F. y Stavrakakis, Y. (2021). Populism, hegemony, and the political construction of the people. En P. Ostiguy, F. Panizza y B. Moffit (eds.), *Populism in Global Perspective. A Performative and Discursive Approach*. New York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781003110149-3>
- Rancière, J. (2011). *El tiempo de la igualdad. Diálogos sobre política y estética*. Barcelona: Herder. <https://doi.org/10.2307/j.ctvt9k53n>
- Rico, G. & Anduiza, E. (2017). Economic Correlates of Populist Attitudes: An Analysis of Nine European Countries in the Aftermath of the Great Recession. *Acta Politica*, 54, pp. 371-397. <https://doi.org/10.1057/s41269-017-0068-7>
- Rivero, Á. (2017). Populismo: ¿Cómo Destruir la Democracia en nombre de la Democracia? En Á. Rivero, J. Zarzalejos y J. del Palacio (eds.), *Geografía del Populismo. Un viaje por el universo del populismo desde sus orígenes hasta Trump*. Madrid: Tecnos.
- Rodríguez Sáez, A. (2018). El populismo: de intruso a problema relevante para la ciencia social. *Revista Internacional de Sociología*, 76(4), e114. <https://doi.org/10.3989/ris.2018.76.4.18.076>
- Rodríguez Sáez, A. (2020). La génesis del populismo de izquierdas en España entre 2011 y 2013: un análisis desde la demanda. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 173, pp. 121-140.
- Rodríguez Sáez, A. (2021). Un modelo analítico para estudiar las condiciones de posibilidad del populismo. *Revista Mexicana de Sociología*, 4, pp. 897-928.
- Rosanvallon, P. (2020). *El siglo del populismo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg
- Ruiz, J. (2009). Análisis Sociológico del Discurso: métodos y lógicas. *Forum Qualitative Sozialforschung*, 10(2).

- Sartori, Giovanni (1970). Concept misformation in comparative politics». *American Political Science Review*, 64(4), pp. 1033-1053. <https://doi.org/10.2307/1958356>
- Schulz, Anne., Müller, P., Schemer, C., Wirz, D.S., Wettstein, M. y Werner Wirth (2018). Measuring Populist Attitudes on Three Dimensions. *International Journal of Public Opinion Research*, 30(2), pp. 316-326. <https://doi.org/10.1093/ijpor/edw037>
- Spruyt, B.; Keppens, G. y Van Droogenbroeck, F. (2016). Who Supports Populism and What Attracts People to It? *Political Research Quarterly*, 69(2), pp. 335-346. <https://doi.org/10.1177/1065912916639138>
- Stanley, B. (2011). Populism, nationalism, or national populism? An analysis of Slovak voting behaviour at the 2010 parliamentary election. *Communist and Post-Communist Studies*, 44, pp. 257-270. <https://doi.org/10.1016/j.postcomstud.2011.10.005>
- Stavrakakis, Y. y De Cleen, B. (2019). Populismo y nacionalismo: representando al pueblo como «los de abajo» y como nación. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, 53, pp. 97-130. <https://doi.org/10.30827/acfs.v53i0.7427>
- Stavrakakis, Y. y Katsambekis, G. (2014). Left-Wing Populism in the European Periphery: The Case of Syriza. *Journal of Political Ideologies*, 19(2), pp. 119-142. <https://doi.org/10.1080/13569317.2014.909266>
- Stavrakakis, Y., Katsambekis, G., Kioupkiolis, A., Siomos, T & Nikos N. (2017). Populism, anti-populism and crisis. *Contemporary Political Theory*, 17(1), pp. 4-27. <https://doi.org/10.1057/s41296-017-0142-y>
- Taggart, P. (2000). *Populism*. Birmingham: Open University Press.
- Torre, C. de la. (2017). *Populismos. Una inmersión rápida*. Barcelona: Ediciones Tibidabo.
- Urbinati, N. (2014). *Democracy Disfigured: Opinion, Truth, and the People*. Cambridge: Harvard University Press. <https://doi.org/10.4159/harvard.9780674726383>
- Vallespín, F. & Martínez Bascañán, M. (2017). *Populismos*. Madrid: Alianza.

- Weyland, K. (2001). Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics. *Comparative Politics*, 34(1), pp. 1-22. <https://doi.org/10.2307/422412>
- Weyland, K. (2017). A Political-Strategic Approach. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (eds.), *The Oxford Handbook of Populism*. New York: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780198803560.013.2>
- Wuttke, A., Schimpf, C. & Schoen, H. (2020). When the Whole Is Greater than the Sum of Its Parts: On the Conceptualization and Measurement of Populist Attitudes and Other Multidimensional Constructs. *American Political Science Review*, 114(2), pp. 356-374. <https://doi.org/10.1017/S0003055419000807>

8. ANEXO I

Precariado (G. P.)	- Roubaix, 2015 - Personas en situación precaria (personas que buscan empleo, un vigilante nocturno, un vendedor, un jubilado) - 9 (7 mujeres y 2 hombres) - 25-60 años
Personas de clase media-alta (G. C. A.)	- La Rochelle, 2015 - Personas con activos inmobiliarios e ingresos superiores a los ingresos medio (un ejecutivo bancario, un director de proyectos, un restaurador, un profesor-investigador, dos jubilados) - 6 (3 hombres y 3 mujeres) - 30-67 años
Estudiantes de la Rochelle (G. E. R.)	- La Rochelle, 2014 - Estudiantes universitarios - 9 (3 mujeres y 6 hombres) - 19-23 años
Estudiantes de Lille (G. E. L.)	- Lille, 2015 - Estudiantes universitarios - 9 (mujeres y hombres) - 18-25 años
Jóvenes de clase trabajadora (G. C. T.)	- Marzy, 2014 - Aprendices en un centro de formación de profesional (CFA) especializado en la industria de la construcción - 8 (hombres) - 18-20 años
Militantes de izquierdas (G. M. I.)	- Roubaix, 2014 - Activistas de PS (Partido Socialista) y EELV (Europa Ecología los Verdes) - 9 (3 mujeres y 6 hombres) - 23-75 años
Militantes de derechas (G. M. D.)	- Lyon, 2014 - Activistas juveniles populares y simpatizantes de la UMP (Unión por un Movimiento Popular) - 8 (4 mujeres y 4 hombres) - 19-42 años
Grupo de Asociaciones París (G. A. P.)	- Paris, 2014 - Asociacionismo vecinal - 6 (3 hombres y 3 mujeres) - 40-65 años
Grupo altermundista (G. A.)	- París, 2014 - Militantes de asociaciones altermundistas (ATTAC, CRID) - 4 (2 mujeres y 2 hombres) - 31-76 años

9. ANEXO 2

Pregunta general 1

- ¿Qué opináis del funcionamiento del sistema político? ¿Qué es lo que os gusta y lo que no?

Pregunta general 2

- ¿Creéis que la ciudadanía debería tener más peso en los procesos políticos? ¿Creéis que los ciudadanos tienen capacidad para intervenir en los procesos políticos y tomar decisiones?